

CHRISTUS

1967

ENERO

No: 374

sumario

EDITORIAL	5
EXISTENCIA SACERDOTAL HOY	7
PROYECTO PARA ESTABLECER EN EL PAIS EL SEGURO SACERDOTAL	17
SANTA SEDE	23
DISCURSO DE S. S. EL PAPA PAULO VI A LOS PADRES DE LA CONGREGACION GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS NOTAS PRELIMINARES DEL P. DANIEL OLMEDO, S. J.	34
CRISTO OS ELIGE, LA IGLESIA OS ENVIA, EL PAPA OS BENDICE	39
MAS VITALIDAD AL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA W.H.F. Hogan, C.S.C.	47
PREDICACION DOMINICAL	53
DOCUMENTOS DIOCESANOS	57
LA IGLESIA EN EL MUNDO Selección de ERE	59
BIBLIOGRAFIA	63
PARALITURGIA	71



CHRISTUS

Revista Mensual para Sacerdotes

AÑO 32 No. 374

"Omnia et in omnibus Christus"

1o. de Enero de 1967

Organo Oficial de la Arquidiócesis de Jalapa y de las Diócesis de Acapulco, Apatzingán, Campeche, Chiapas, Chilapa, Ciudad Juárez, Ciudad Obregón, Ciudad Valles, Cuernavaca, Culiacán, Hermosillo, Huejutla, Jalapa (Guatemala), Matamoros, Mazatlán, Papantla, Saltillo, San Andrés Tuxtla, Tuxpan, Tabasco, Tampico, Tapachula, Tehuantepec, Tepic, Texcoco, Torreón, Tulancingo, Veracruz, Vicariato Apostólico de la Tarahumara y Pref. Apost. de La Paz.—Reg. como artículo de 2ª Clase en la Admón. de Correos N° 1, de México, D. F., 3 Enero de 1936.—Registro de propiedad intelectual en la S.E.P. N° 70534 el 15 de Dic. de 1950. *Con aprobación eclesiástica*.—Director: Mons. Gregorio Aguilar.—Sub-Director: Rev. P. Alejandro Garcidiego, S.J.—Editor Responsable: Wilfredo Guinea, S.J.—Suscripción anual \$ 50.00 ó Dls. 4.50.—Núm. suelto: \$ 4.00.—OBRA NACIONAL de la "BUENA PRENSA", A.C.—Donceles 99-A. Apdo. 2181. México 1, D.F.



editorial

Vivimos en un mundo penetrado de ateísmo. Bajo influencias diversas, que no es el momento oportuno analizar aquí, muchos hombres han llegado a poner en duda la existencia de Dios. Pero, sobre todo, la actividad humana, en muchos dominios, se desenvuelve fuera de toda referencia a Dios y a su acción. La vida de algunos cristianos, marcada por este ambiente, se materializa, cada vez más y más. Este ateísmo práctico puede alterar también la vida sacerdotal, si los sacerdotes no se defienden con un gran espíritu de fe. El Santo Padre muy recientemente manifestó su inquietud a este respecto.

Se trata, pues, como lo dijo el cardenal Feltin a los sacerdotes de la diócesis de París⁽¹⁾ de que "toda la vida sacerdotal esté dirigida por una fe viva en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este misterio trinitario es el fundamento de todo nuestro Credo. La paternidad divina, la encarnación y la redención, la acción del Espíritu Santo y de la Iglesia en desarrollo".

El verdadero ministro de Jesucristo es un hombre consciente de su debilidad, que desea, sobre todo lo que agrada al Señor y que se deja conducir por la voluntad de aquéllos que representan al Señor, para que todos los hombres sean salvados.

(1) Conferencia de S. E. el cardenal Feltin a los ejercitantes de la diócesis de París. Semana religiosa de París, 1966.

En conclusión, en la atmósfera atea, en donde estamos sumergidos, la vida íntima del sacerdote exige una fe profunda y filial a Dios Padre; una fe generosa en Dios que se ofrece sobre el altar y que allí permanece presente por la eucaristía; una fe consciente y viva en el Espíritu Santo que es luz y fuerza; una fe confiada en la misión maternal de la Santísima Virgen María.

Esta vida interior del sacerdote es esencialmente una consagración total de sí mismo a Dios y al servicio de la Iglesia. Exige, en la hora presente, un espíritu de humildad y obediencia, un espíritu de pobreza y de toda justicia, un espíritu de caridad fraterna que se exprese especialmente en el diálogo calmado y bienhechor.

No ha sido nuestra intención, en el artículo que sigue, dar a los sacerdotes mexicanos recetas para su vida. La finalidad de presentarlo, a pesar de estar dirigido a los sacerdotes chilenos, es comunicar fraternalmente, la experiencia de otros hombres consagrados a Dios, que buscan como fundamento a su vida únicamente dar respuesta al llamado de Jesús.



Organos electrónicos marca
LOWREY y HOHNER a precios
sin competencia.

Gran surtido en Armonios marca
MANNBORG y BEETHOVEN
desde \$1,900.00 en adelante.

Carillones electrónicos para
Iglesias marca **SCHULMERICH.**

CASA VEERKAMP, S.A.

**GRANDES ALMACENES
DE MUSICA**
Mesones No. 21
México 1, D. F. Apartado 851

EXISTENCIA SACERDOTAL HOY

En agosto de 1966, la revista chilena "Mensaje" se centró en el problema del sacerdote en el mundo de hoy. Creemos que este artículo rebasa una problemática circunstancialmente chilena, y puede ser también para nosotros, lectores de CHRISTUS, una fuente de reflexión y tal vez un eco de nuestras preocupaciones.

Abordamos hoy un tema no sólo con el compromiso del trabajo o de la doctrina, sino con el del modo de ser más íntimo: ése que se descubre y se elige, como don de Dios y como tarea humana, cuando emerge el yo personal en el múltiple enfrentamiento con el mundo y los hombres. Una buena parte de nosotros somos sacerdotes; y no es éste para nosotros el título de una profesión —de la que uno pueda prescindir después del trabajo, al instalarse en casa a leer un buen libro y escuchar música. Es un nombre propio —como quien se llama Daniel, Juan o Alberto; un fon-

do dinámico de existencia, una tonalidad vital que determina el percibir, el actuar, el conversar: como cuando uno es músico o pintor —no por oficio sino por "vocación"— y percibe entonces formas y colores, escucha notas y vibra con ritmos que el común de los hombres ignora.

Sin embargo —y es el comienzo de una situación paradójica— tenemos conciencia de que este modo de ser personalísimo no nos pertenece totalmente: se halla definido por una Iglesia, responde a las exi-

gencias y pedidos de una comunidad, es modelado por las circunstancias. En esta pertenencia múltiple encontramos nuestra **verdad** de hombres, porque ella nos saca del aislamiento y nos describe el ámbito del amor real y de la entrega, sin los que ninguna vida tiene sentido. Pero en ella nos acecha también la amenaza de un vivir "alterados", hechos "otros" de lo que profundamente somos; de llegar a ser "personajes" de un libreto impuesto, engañándonos así a nosotros mismos, o bien decepcionando a muchos cuando nuestros gestos y acciones no corresponden a una imagen sacerdotal dibujada en otra época.

Hoy el sacerdote quiere ser auténtico: quiere hacer coincidir lo que "representa" con lo que es profundamente. Cree que ciertas imágenes suyas, adecuadas para tiempos pasados, lo alejan hoy de sí mismo y de los hombres: no son ya vehículos de la verdad ni del amor. Pero la autenticidad no es mercadería barata. Se la consigue por un enconado esfuerzo, tras largos tanteos y tal vez errores. Exige la audacia de dejar la "copia" de modelos para consentir en crear una existencia.

Pero no se puede buscar ninguna verdad sin los otros. Ahora bien, cuando miramos a nuestro alrededor, constatamos que nuestra búsqueda causa en muchos extrañeza, desazón, decepción. Las hemos provocado tal vez con nuestros errores y nuestros momentáneos abandonos de hombres. Sin embargo, no son estos errores o debilidades sino una verdad

y un amor los que definen el sentido de nuestra búsqueda. Quisiéramos explicarlo, sentimos el deber de hacerlo, porque en nuestro ser más íntimo dependemos de la comunidad a la que queremos servir. Nuestra explicación será al mismo tiempo una pregunta y un pedido. Porque no poseemos la verdad: la buscamos. Y ella nos viene también de nuestros hermanos. Y a todos nos viene de Dios.

Así, a pesar de ser tan personal, el tema no nos concierne tan sólo a nosotros. El sacerdocio supera los intereses y horizontes de un grupo. Abordarlo, tratar de esclarecerlo, es ocuparse de la comunidad eclesial y del mundo. Quisiéramos tocarlo en esta perspectiva.

El sacerdocio en crisis

Se constata hoy una **crisis** sacerdotal. Tiene ella múltiples aspectos. Hay menos seminaristas y menos ordenaciones. Hay un número al parecer mayor que en otras épocas de sacerdotes que abandonan su estado para hacerse laicos: es el aspecto más espectacular del problema y el que "hace noticia" en la prensa. Hay cambios en el traje del clero, en su lenguaje, en su modo de comportarse. Se los ve con más frecuencia que antes en lugares comunes de reunión, como los cines, las canchas de ski, las playas. Durante sus estudios

de seminario participan en la vida universitaria. Dan luego su opinión de ciudadanos sobre los problemas políticos, económicos y sociales. Algunos —pocos en Chile— trabajan con sus manos como obreros.

Estos cambios son interpretados de diversas maneras. Para algunos, los sacerdotes están más cercanos que antes, son más abiertos, comprensivos y "liberales". Para otros, se trata de una ola de "ecclerismo" en que los sacerdotes, sobre todo los jóvenes, dan rienda suelta a sus insatisfacciones personales y buscan compensaciones. Entre ciertos sacerdotes formados "a la antigua" —como ellos dicen— cunde la impresión de que los más jóvenes de sus colegas rezan menos, no obedecen, buscan su propio éxito, carecen de solidez personal para soportar la soledad y el trabajo, su trato se vuelve chabacano y poco "sacerdotal", les falta el sentido de la cruz y obran por motivos "naturales".

Las interpretaciones del fenómeno son, pues, variadas. Dependen en gran parte de la experiencia particular de los diversos observadores y de su particular visión y valoración de la época. Frente a una crisis, el primer deber es tratar de ver claro, para luego preguntarse qué hacer.

Preguntémonos pues, ante todo, si los cambios culturales de este siglo, especialmente sensibles en un país y en un continente como el nuestro, no habrán influido en modificar el rostro y el estatuto social del sacerdo-

te. Tendremos que examinar al mismo tiempo si es legítimo que cambios de época determinen modificaciones en un "orden" como el sacerdotal que está regido por normas y principios dogmáticos inmutables.

Igual a todo el mundo

Observamos que el sacerdote va siendo cada vez más igual a todo el mundo. Sólo en los actos litúrgicos mantiene un puesto de presidencia y unos hábitos que lo distinguen marcadamente del pueblo. Pero en la calle su discreto distintivo no impone ya su presencia. Junto con su hábito, desaparecen poco a poco sus privilegios dentro de la sociedad. La sociedad no se los otorga. No hablamos sólo de los "privilegios canónicos" —como la exención del servicio militar, el fuero, etc.— que, por estar incorporados en una legislación, tardan más en desaparecer. Hay gestos mínimos de la vida diaria que muestran mejor los cambios en la sensibilidad del pueblo. Si algunos le ceden el asiento o el puesto en la fila, el sacerdote se siente raro y prefiere no aceptar muchas veces estos restos de un respeto ya de otra época. Sucede, en efecto, que en una sociedad "democratizada" la igualdad de todos en derecho va entrando cada vez más en el actuar cotidiano. Ya nadie vale por pertenecer a una familia, a una casta, a una clase social, sino por el servicio que pres-

ta a una comunidad y por sus cualidades de rectitud, de corazón o de inteligencia.

Pero, ¿no hay que lamentar, frente a esta igualación del sacerdote con cualquier hombre, una cierta disminución de la fe? No lo creemos. La fe es capaz de mantenerse siempre la misma a través de las diversas maneras que para expresarse va encontrando en las diferentes culturas. En una época en que existían capas sociales jerarquizadas y estables, era inevitable que el clero fuera entre ellas un "estado" y que su papel espiritual de "presidencia" encontrara una traducción cultural, social y civil: ¡aun hoy —resabio de otra época— se habla en la prensa de las "autoridades civiles, militares y religiosas", como si se tratase de realidades de un orden homogéneo! Pero la "traducción" cultural no está garantizada por ningún "dogma" ni "revelación" divina. Durante siglos los obispos no creyeron deber suyo reclamar ningún privilegio; y fueron los emperadores los que, al convertirse al cristianismo y hacer de los obispos funcionarios de su corte, les atribuyeron insignias y derechos de honor. Manifestaban así —a la manera imperial— una fe que pudo antes y podría después prescindir de tales exterioridades.

El concilio declara hoy que en el Pueblo de Dios "se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad" y al común encargo del Evangelio, aunque sean diferentes dentro de la Iglesia los ministerios y servicios (cf. *Lumen Gentium*, N° 32). Al hacer esta declaración, no ce-

dió el Concilio a la moda de una época sino reconoció nuevamente, frente a la sensibilidad democrática de hoy, la trascendencia de una fe que permanece la misma a través de los cambios culturales. El sacerdocio no puede resultar menoscabado en su esencia íntima porque se le resten algunas muestras de honor que hoy ya resultan arcaicas.

¿Separado?

Pero, junto con la asimilación al modo de vida y a la suerte de todos, observamos en muchos sacerdotes de hoy otro rasgo que puede ser causa de más grave inquietud. No solamente se asemeja a todos, sino que el sacerdote está —o quiere estar— con todos en todas partes: con el obrero, con el artista, participando en la búsqueda común, en sus entretenciones, en su vida social. El sacerdote está así en contacto estrecho con el "mundo" en toda su abigarrada variedad.

Ahora bien, ¿no se le recomendaba hasta hace poco guardarse del "mundo"? Su misma profesión sacerdotal ¿no significa que de alguna manera deja el mundo? ¿No se ha insistido tanto en que el sacerdote queda "separado" de los hombres para dedicarse —como especialista— a las cosas de Dios?

Todas estas fórmulas conservan su validez religiosa, con tal que se vea

claramente lo que se entiende por mundo. El mundo no es solamente el mundo del pecado, del que evidentemente no sólo el sacerdote sino también el cristiano ha de alejarse; es también el mundo que Cristo vino a salvar, el mundo de la condición humana que El quiso compartir, el mundo en que el hombre busca a tientas a su Dios a través de la búsqueda de la paz y de la justicia, de la verdad y de la honradez, de la pureza y de la gracia. Este anhelo anima a los hombres. Y junto a estos hombres es necesario vivir, para buscar con ellos y para decirles lo que hemos encontrado en Jesucristo.

Así lo dice con particular relieve el Concilio cuando habla del "apartamiento" del sacerdote: "los Presbíteros del Nuevo Testamento, ya sea por su vocación como por su ordenación quedan puestos aparte en el seno del Pueblo de Dios, no ciertamente para que queden separados de este mismo Pueblo o de cualquier hombre, sino para que se consagren totalmente a la misión para la cual Dios los asumió. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrenal, ni podrían servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones humanas". (*Presbyterorum Ordinis*, N° 3).

Más sencillo, más tranquilizante para los timoratos habría sido dar normas claras y concretas de horarios o espacios "clausurados" o "separados". No lo ha hecho el Concilio. Porque quiere invitar a todos a una tarea en que cada cual ha de hallar manera de mantener juntos dos

polos de tensión: vivir al lado de cada hombre, y al mismo tiempo, darle el testimonio de la vida de Cristo que "no conoció el pecado"; ni separarse o enajenarse de la vida y condición humana, ni confundirse con lo que en esta vida no es aun plenamente crístico. En el mundo el pecado y la gracia van juntos. La ley dada por el Concilio quiere ayudar a que la gracia de Cristo llegue a todo hombre pecador. Esa ley no podía ser, pues, una barrera exterior —que indujera a apartarse del mundo por temor del pecado— sino un llamado a la libertad, a la responsabilidad y al amor: a los dos amores del sacerdote, el de Cristo y el del "mundo" que El vino a salvar, el de Cristo en el corazón del mundo. Toda norma concreta tendrá que tenerlo en cuenta.

Palabra eterna y lenguaje de hoy

Pero esto no es todo. El sacerdote vive en un mundo en que el hombre descubre como nunca antes su poder, su libertad y el entusiasmo avasallador ante una tarea que le compete a él solo: su propia transformación y la del universo. En efecto, tiene la impresión que todas las barreras que la naturaleza erguía frente a él impidiéndole avanzar por sus dominios caen una a una ante la enorme energía acumulada a lo largo de la historia por el trabajo humano. El hombre se transforma a sí mismo y al mundo haciendo emerger entre sí y la naturaleza un mundo nuevo que

lleva su firma: el mundo de la cultura y de la civilización, el mundo de la naturaleza humanizada.

El "homo faber" de este siglo descubre así su estatura de hombre y afirma su adultez. Se ha liberado del tutelaje materno de la naturaleza y no está dispuesto a aceptar tampoco el correlativo de aquél: la imagen paternal —ni siquiera la de un Dios— que pretendiera mantenerlo en su antigua ingenuidad infantil.

El sacerdote lo constata y ha de tenerlo en cuenta en su comportamiento y en su lenguaje. Un esfuerzo enorme le es exigido: el de compartir, por una parte, la mentalidad y la sensibilidad contemporánea; el de confrontar, por otra, esta misma mentalidad con las fuentes bíblicas y eclesiológicas de la doctrina que predica, realizando un estudio profundo y renovado de ellas; el de criticar por último continuamente su lenguaje para que transmita fielmente la palabra de Dios y para que esta palabra llegue auténticamente al hombre de hoy.

Este trabajo, que no puede ser obra de cada uno de los sacerdotes individualmente, ha sido emprendido por la Iglesia. Es el que animó al Concilio Vaticano II y el que esta asamblea dejó programado para los años por venir. Es el que se viene realizando en las escuelas teológicas y pastorales de la Iglesia —entre católicos, protestantes y ortodoxos— desde hace varias décadas.

Pero los resultados de estas inves-

tigaciones y experiencias, muchas veces sólo parcialmente conocidos por los sacerdotes (que por otra parte tienen poco tiempo para estudiar), no pueden menos de zanear rudamente muchas convicciones en el dominio de la teología bíblica, de la apologética tradicional, del alcance de algunas afirmaciones dogmáticas: dominios todos que la ciencia teológica de otra época había abordado con distintas preocupaciones críticas, con otros instrumentos científicos y con una perspectiva histórica más restringida que la nuestra.

Y es aquí donde vuelve a aparecer la angustia de la condición sacerdotal. El sacerdote se creía en posesión de un depósito inmutable, casi tanto como Dios mismo cuya palabra contiene. He aquí que ahora lo inmutable parece entrar en movimiento; es cierto que sólo cambian los "modos de exponer la doctrina" que se distinguen hoy más claramente que antaño de la verdad revelada (cf. **Decreto sobre el Ecumenismo** N° 6): pero hasta hace poco —y ésta es la causa del desconcierto en muchos— se pensaba que buen número de estos modos de exponer pertenecían de alguna manera al cuerpo mismo de lo inmutable. Ahora en cambio, la fe en la Palabra Eterna de Dios nos hace mirar con nuevos ojos a la actualidad histórica. Parten de ésta, en efecto, preguntas nunca formuladas en otra época, o formuladas en cuadros mentales, imaginativos y culturales bien distintos de los nuestros. Y Dios, "Verdad siempre antigua y siempre nueva", que se halla con su Iglesia en "ininterrumpido diálogo" (cf. **Dei Verbum**, N° 8), tiene también respuestas para los hombres de

hoy. Respuestas que, en sí mismas, no agregan nada a la Palabra que nos dijera un día por su Hijo; pero que, para nosotros, no pueden consistir en repetición machacona de fórmulas aptas en el pasado. La predicación y la teología han de avanzar siempre, pues, en el camino de una búsqueda: es la condición de su doble fidelidad a Dios y al hombre.

¿"Ineficacia" del trabajo sacerdotal?

Inmensa es, pues, la tarea en un mundo que cambia aceleradamente. El sacerdote se lanza a ella confiado en su Dios, confiado en su palabra. Su fe le hace tomar seriamente entre sus manos de hombre la labor encomendada: por eso prevé, calcula opciones alternativas, mide "eficacias", pone por obra todos los recursos de la sociología y de la planificación. Pero luego, en medio de su acción tiene que volverse constantemente a Dios, porque sabe que todas sus verificaciones son inadecuadas, que todas las constataciones de eficacia pueden ser engañosas, pues su obra no es solamente suya y sus manos humanas no pueden fabricar la gracia ni el Reino, cuya realidad más honda viene de Dios. ¿Cómo confiar en medio de un trabajo que le ha sido encomendado a él solo, y cómo trabajar con toda su energía y guardando su esperanza en sólo Dios? ¿Cómo evitar las tentaciones de la autosuficiencia, por una parte, y del sentimiento de inutilidad, por otra?

Sacerdocio: quehacer uno y múltiple

"Siervo inútil" y, sin embargo, operario convocado, el sacerdote sabe que su trabajo está allí urgentemente esperándolo. Es el quehacer único desde la Encarnación del Verbo: significar y realizar —sí, **realizar**, hacer cosa tangible, viviente—, la presencia de Jesucristo en la Iglesia. Tremendo misterio. Quehacer que nos espera en todas partes. Dondequiera que haya creyentes, primero. Dondequiera que haya hombres, también: pues todos pueden llegar un día a creer que el amor al que aspiran tiene nombre personal y ya nos ha sido dado en el Dios de Jesucristo.

En uno de los pabellones de lo que fuera el campo de concentración de Dachau se conserva un cajón de azúcar con una tapa de latón. En ella hay labrada burdamente una cruz; y bajo la cruz, cinco palabras en alemán: ICH BIN MIT EUCH IMMER, "yo estoy con vosotros siempre". Fue un tabernáculo. En ese cofre se guardaron durante años, de noches y días interminables, las esperanzas de cientos, miles tal vez, de hombres y mujeres. Gracias a un hombre, prisionero como ellos, supieron que estaba **siempre** —immer— entre ellos el único signo eficaz de la victoria del amor sobre el odio que sufrían en sus carnes. Y pudieron creer en el amor. Porque un hombre les hacía presente un Amor que venía de más lejos. Y creyendo en el amor, pudieron encontrar, en medio de la

d'aria y absorbente lucha por sobrevivir, gestos de acercamiento mutuo, de calor de hogar. El día del cumpleaños —cuenta un sobreviviente— se recibía a veces un regalo magnífico: los compañeros se privaban de la única papa raquílica de la ración diaria para ponérsela a uno en el plato. Comida fraternal que —algunos lo sabían— se originaba en la cena eucarística.

Situación límite, la de Dachau. Pero ella nos muestra que sin el sacerdocio de algunos hombres —servidores del sacerdocio de todos— no habría ningún signo sensible de la Encarnación del Verbo, porque no habría eucaristía, no habría absolución de los pecados. El envío del Verbo de parte del Padre habría sido una aparición súbita, instantánea, fulgurante. Pero Jesús sería un recuerdo, sin huella profunda en la carne misma de la historia. La Encarnación habría sido como un pasatiempo de Dios, sin compromiso real con todos los momentos del sufrir, del amor y del esperar del hombre sobre la tierra. La comunidad de discípulos podría reunirse para conmemorar en la añoranza un hermoso hecho del pasado. Pero el hombre no sentiría en su carne la huella del Verbo Encarnado, no tendría la certeza de una presencia que invade toda la historia y transforma, desde el pan y el vino, la materia misma del mundo para hacerla expresiva no de la distancia y de la separación sino de la cercanía y de la unión: la de Dios con el hombre, la del hombre con el hombre.

Por esto, la acción eucarística

—centro de convergencia del anuncio Evangélico— es la que define el quehacer esencial del sacerdote. Toda su acción ha de estar ordenada a preparar la eucaristía de la comunidad y a procurar que la eucaristía sea fermento de transformación en el mundo. Podrá hacerlo de mil maneras distintas. El sacerdocio no se define por ciertas "tareas" que serían "propriadamente sacerdotales" sino por una **forma** —viviente en el hombre como su alma— que hace encarar sacerdotalmente cualquier tarea. Sea que trabaje como obrero, investigue como científico, enseñe como profesor, escriba como periodista, se ocupe de las cuestiones sociales o culturales de su época (acciones todas en que el sacerdote puede y debe ocuparse hoy, según las circunstancias y la vocación personal, como lo enseña el Concilio, cf. *Presbyterorum Ordinis*, N 4 y 8), debe elegir estas tareas teniendo en cuenta siempre su función esencial de responsable y jefe de la asamblea eucarística —Palabra, Sacramento, Comunidad— y como ministro de los demás sacramentos, en representación visible de Cristo, el Enviado del Padre. Pues la comunidad humana está llamada a ser un día —el Día del Señor— una eucaristía, una "acción de gracias", de gozo y amor, por Jesucristo, a la Gloria de Dios Padre.

Es éste el elemento esencial e inmutable del sacerdocio, el que une al cura de campo y al párroco en un mismo **orden sacerdotal** con el sacerdote que investiga o trabaja en otros campos —los llamados profanos— de la actividad humana. Uno y otros están empeñados en el mismo quehacer, aunque de distinta manera. Si

los unos se esfuerzan en mejorar la convivencia humana, lo que hacen en realidad es poner las condiciones necesarias para que la absolución que ellos imparten en el sacramento pueda ser reconocida verdaderamente como signo eficaz de la "absolución" de la desigualdad y de la injusticia, y para que la eucaristía que ellos celebran cada día sobre el mundo, aparezca como el único polo de atracción de la comunidad humana. Los otros, por su parte, —el cura de campo, el capellán de hospital, el asesor de A. C.—, reúnen ya a la comunidad de los creyentes y les ofrecen, en la Palabra y en el sacramento, el sentido último y definitivo de su trabajo, de su esperanza y de su amor.

Tensiones y abandonos

El sacerdocio sigue siendo, pues, necesario. Pero para ser lo de **siempre**, el sacerdote ha de serlo de **manera nueva**. Pues la Palabra del Dios vivo ha de llegar a los hombres de hoy en medio de los cambios profundos en que viven; la comunidad de la Iglesia ha de edificarse con las "piedras vivas" que son estos hombres, los que vemos hoy labrar su destino terrestre con energías e instrumentos nuevos: y todas estas energías han de poder incorporarse en la eucaristía de Cristo.

Tironeado entre lo de siempre y lo de ahora, el sacerdote de hoy es un hombre que busca. Búsqueda ma-

ravillosa, es cierto, pero también llena de tensiones. Más fácil sería si nuestra tarea estuviera definida, si nuestro modo de hablar y de comportarnos estuviera trazado para siempre. Pero no es así. Allí están los cambios que vemos necesarios, y frente a ellos, nuestras propias resistencias y la cortedad de miras a nuestro alrededor, aun en la misma Iglesia como institución humana. A estas fuerzas en tensión se agregan la incompreensión de los hombres a quienes quiséramos servir, las diferencias de mentalidades, las convenciones absurdas y los pedidos extraños que llegan a hacernos como sacerdotes. Están también la ineffectividad aparente de nuestra acción, la soledad de nuestro celibato, la rutina de nuestro trabajo que parece vaciarnos hasta de Dios en la misma medida en que hacemos posible que otros se encuentren con El de manera insospechada.

No es extraño, pues, que de este tironeo múltiple resultan crisis sacerdotales, y que algunas de ellas se resuelvan en una opción negativa antes de haber agotado todos los datos del problema. La tensión ha sido en estos casos demasiado fuerte y difícilmente soportable. El heroísmo del aguante en medio del sufrimiento es siempre cosa hermosa y admirable. Pero el heroísmo es raro. Y en muchos casos no se puede condenar a un hombre por no haber sido un héroe. Por otra parte, ¿quién podrá entrar en la conciencia ajena donde se anuda el diálogo con Dios de un hombre que, siempre solitario en su fondo, obra conforme a la luz del momento? Y quien haya entrado en sí

mismo sabrá por experiencia que todos marchamos en la penumbra, pidiendo a cada paso la luz para el siguiente: "no te pido ver el horizonte lejano: me basta sólo un paso" 1... Es nuestra oración, por ellos y por nosotros.

Vocación y compromiso

Pero el respeto, sincero, ante hombres que han creído poder abandonar una tarea para nosotros maravillosa, no nos puede impedir que afiancemos en nosotros el compromiso con que nos hemos ligado un día solemnemente ante Dios y su Iglesia.

Respondimos entonces —y lo hemos vuelto a hacer muchas veces— a la voz de Dios. En ella venían a resonar, de lejos y de cerca, muchas otras voces humanas: las de los pobres que anhelaban el Evangelio a ellos prometido; la de los oprimidos que buscaban en Jesucristo una justicia que les hiciera creer en el amor; la de muchos pecadores que, en el nocturno silencio de su penitencia, confiaban en el perdón de Dios; la de los enamorados que, no pudiendo detener el minuto —tan hermoso— de su amor, ansiaban eternizarlo en Alguien que fuera el Amor; la de los moribundos, que lanzaban ya sus amarras humanas hacia las orillas mismas de la Vida. Con todos ellos —y los conocemos por sus nombres;

que no son cifras abstractas sino seres palpitantes— hemos ido entrelazando vínculos múltiples y permanentes a lo largo de nuestra vida sacerdotal. Son ellos nuestro gozo. Romper esos vínculos sería tronchar esperanzas, hacer brotar muchas lágrimas (y, ¿no anunciamos nosotros que un día Dios mismo las restañará en los ojos de todos?), permitir que la duda y la desconfianza hielan los corazones de muchos. Sería pensar en nosotros, nada más, como si fuéramos seres solitarios en un mundo de sombras que se alejan... ¿No sentimos, al contrario, que nuestra vida está preñada de un pueblo inmenso a quien damos a luz entre dolores hasta que Cristo quede formado en el universo? ¿No advertimos en todos los pliegues de nuestro ser —cuerpo y espíritu— la marca ya imborrable que los hombres han dejado — algo así como el hijo se marca en el cuerpo de la madre? ¿Podemos pensar que son sombras aquellos que hemos engendrado en Cristo y que continúan pidiéndonos a Aquél a quien les mostráramos como su única esperanza?

Más allá de este llamado de los hombres, y en él mismo, resuena el llamado de Dios. En él está también nuestra esperanza. El es el origen y la respuesta a nuestra propia súplica. Lo oímos y le damos el "sí" de los que se confían en el amor, cuando fieles al compromiso contraído, "perseveramos unánimes en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en la oración" (Ac., 2. 42, 44).

(1) "I do not ask to see the distant scene: one step enough for me". J. H. Newman, *The Pillar on the Cloud*.

PROYECTO PARA ESTABLECER EN EL PAÍS EL SEGURO SACERDOTAL

El padre Luis Tovar,⁽¹⁾ presenta, a los sacerdotes de México un proyecto de ley del seguro sacerdotal, con el fin de que lo conozcan, lo critiquen, modifiquen, apoyen, a su arbitrio. El padre Tovar espera que este tema provoque un animado diálogo que sirva para preparar el camino al establecimiento en el país de un buen seguro sacerdotal.

Tres memoriales en favor de este proyecto ha presentado el padre Tovar: el primero a los VV. Prelados de México, el segundo a muchos Prelados del mundo occidental, dirigido a Su Santidad; el tercero, en latín (es el que aquí presentamos) a los Padres conciliares, antes de la última etapa conciliar. Este último, a pesar de que no iba dirigido al Santo Padre, obtuvo respuesta de la Secretaría de Estado de Su Santidad, agradeciendo el envío y comunicando que el documento había sido turnado al Dicasterio de Asuntos económicos para su estudio.

El seguro que propone este proyecto es obligatorio, proporcional e integral.

(1) Pbro. Luis Tovar. S. Lucas 14, México 16, D. F.

I. Naturaleza y fin del Seguro Sacerdotal.

1. El Seguro Sacerdotal es la Organización, al servicio del Obispo Diocesano, compuesta de sacerdotes seculares, que tiene por objeto impartir protección económica y social a sus miembros.

2. Vigilará el Seguro Sacerdotal la observancia del Arancel Diocesano, especialmente, la fiel y oportuna retribución de los servicios ministeriales prestados por los sacerdotes.

3. Jornal es la cantidad equivalente al estipendio de una Misa rezada ordinaria.

II. Obligación del Seguro Sacerdotal.

1. Todos los sacerdotes seculares, sin excepción, deben inscribirse en el Seguro Sacerdotal.

2. Incurrir en las sanciones que determine el Obispo Diocesano, inclusive el retiro de licencias ministeriales y remoción de beneficio, quien rehuse inscribirse en el Seguro Sacerdotal o pagar las cuotas correspondientes a un semestre.

III. Ingresos del Seguro Sacerdotal.

Los ingresos del Seguro Sacerdotal provienen:

1. De las cuotas personales, obligatorias, mensuales de los sacerdotes. Todos los sacerdotes seculares, bene-

ficiados o no beneficiados, pagarán mensualmente al Seguro Sacerdotal el 2% de su sueldo mensual.

2. De las contribuciones beneficiables, obligatorias, mensuales. Toda iglesia u oratorio público o semipúblico, descontados únicamente los estipendios de los sacerdotes y los gastos ordinarios del culto, entregará al Erario Diocesano sus ingresos mensuales íntegros.

3. De los donativos; de los bienes de sacerdotes intestados y sin herederos; y de los bienes no patrimoniales legados por sacerdotes a personas no consanguíneas (IV, 14).

IV. Servicios del Seguro Sacerdotal.

1. El Seguro Sacerdotal pagará mensualmente a todos los sacerdotes y empleados de templos y oficinas eclesiásticas el sueldo correspondiente a su cargo.

2. Para someter a la vigilancia del Ordinario el manejo de los estipendios sobrantes, en cada Diócesis, únicamente el Seguro Sacerdotal podrá recoger esos estipendios y distribuirlos a los sacerdotes que los necesiten.

3. El Seguro Sacerdotal pagará anualmente 60 jornales de vacaciones a cada sacerdote, en la fecha que él elija; y 30 jornales de aguinaldo, en la Pascua de Navidad.

4. Puede el Seguro Sacerdotal hacer préstamos a los sacerdotes seculares, después de tres años de asegurados, si nada le deben al Seguro; sin interés; por un plazo no mayor

de un año; por una suma no mayor de 24 cuotas personales del solicitante.

5. Las cuotas extraordinarias obligatorias por Ejercicios espirituales, Conferencias, banquetes, etc., no serán uniformes sino proporcionales al sueldo de cada sacerdote.

6. En los cambios de lugar por nombramiento, salud, etc., el Seguro Sacerdotal le ayudará al socio con 15 jornales para gastos de traslado.

7. Los sacerdotes seculares al servicio de un templo, que vivan en comunidad, no pagarán comidas ni alojamiento; los pagará el fondo de ingresos del templo.

8. En la enfermedad, el Seguro Sacerdotal pagará al socio enfermo tantos jornales cuantos días, por causa de la enfermedad, no haya podido ofrecer el Santo Sacrificio.

9. Además, a los socios enfermos, el Seguro Sacerdotal les prestará dos clases de servicios. De 1a. clase, que comprenden gastos de lujo en médicos, medicinas, intervenciones quirúrgicas, aparatos, sanatorios. El socio que quiera disfrutar estos servicios deberá pagar la diferencia de precios entre éstos y los servicios de 2a. clase. Estos comprenden gastos ordinarios y decorosos en médicos, medicinas, cirugía, aparatos y sanatorios.

10. En la invalidez física, por enfermedad o accidente, para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, el Seguro Sacerdotal le pagará al sacerdote inválido una pensión mensual de 30 jornales, mientras dure la invalidez.

11. En la ancianidad, de los 60 años en adelante, el Seguro Sacerdotal le pagará al sacerdote que celebre diariamente la Santa Misa, 15 jornales cada mes; al que no pueda ofrecer diariamente el Santo Sacrificio, el Seguro Sacerdotal le pagará además, cada mes, tantos jornales, como días no hubiere podido celebrar en el mes.

12. En la muerte, el Seguro Sacerdotal costeará el funeral, una serie de Misas Gregorianas y el sepelio del sacerdote fallecido.

13. Después de la muerte, el Seguro Sacerdotal, por un plazo de 10 a 5 años, les pagará mensualmente 30 jornales a los familiares inmediatos que en vida sostenía el sacerdote, salvo cuando la herencia, que él les dejó, haga innecesaria la pensión.

14. Si fallece un sacerdote intestado y sin herederos, sus bienes se distribuirán: una tercera parte se empleará en sufragios por el sacerdote fallecido; el resto ingresará en el Erario Diocesano. Si testó el sacerdote, los bienes no patrimoniales legados por él a personas no consanguíneas pertenecen al Erario Diocesano; pero se les concede a tales personas, mientras vivan, el usufructo de esos bienes.

15. Si al quedar suspenso de ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa, un sacerdote está al corriente de sus cuotas y presenta recomendación del Prelado, el Seguro Sacerdotal le pagará 20 jornales al mes, hasta que rehabilitado, vuelva a percibir estipendios. Sin la recomendación del Prelado, mas no sin su conocimiento y sin requisito de estar al corriente de cuotas, el Seguro Sacerdotal, por

caridad, ayudará al suspenso dándole 10 jornales al mes, si lo solicita cada vez por escrito y, si es posible, personalmente.

16. Si estando suspenso, muere un sacerdote, el Seguro Sacerdotal no le privará de los beneficios que en la muerte proporciona a los sacerdotes (IV, 12); y si el suspenso muere al corriente de sus cuotas, el Seguro Sacerdotal le pagará a sus familiares la pensión post-mortem (IV, 13).

17. Para adquirir derecho a las prestaciones señaladas en los incisos (IV, 9, 12) en favor del padre, de la madre y de los hermanos, si dependen económicamente de él, debe pagar mensualmente por cada persona, el sacerdote no beneficiado medio jornal y el beneficiado un jornal.

18. Con el consentimiento del Obispo Diocesano los religiosos de ambos sexos, no para sus parientes sino sólo para ellos, pueden obtener derecho a los servicios mencionados en (IV, 9, 12), si cada uno paga fielmente al Seguro Sacerdotal la cuota mensual correspondiente a un sacerdote no beneficiado.

19. Los empleados de iglesias (cantor, sacristán, notario, etc.) percibirán, al menos, el salario legal mínimo. Si no están asegurados en algún seguro civil oficial; y le pagan fielmente al Seguro Sacerdotal una cuota mensual equivalente a un día de salario, tienen derecho: a) durante la enfermedad, a un día de salario cotidiano; b) guardada la debida proporción, a los servicios médicos referidos en (IV, 9); c) a los 65 años de edad o a los 30 de servicio, a ju-

bilarse con el mismo sueldo; d) al morir, a sepelio y a una Misa de sufragio.

V. Organización Diocesana del Seguro Sacerdotal.

1. En la Diócesis debe haber "un fondo común de bienes" o Erario Diocesano (C. Vat. II), que se forma con los diezmos, donativos e ingresos íntegros, descontados únicamente los gastos ordinarios, de iglesias y oficinas eclesiásticas.

2. Avalada por el Erario Diocesano habrá una Comisión Diocesana que vigilará autorizará y costeará la conservación y elaboración de muebles e inmuebles.

3. El Seguro Sacerdotal Diocesano será regido por una Directiva cuyo Presidente es el Obispo Diocesano, que designará Secretario y Tesorero (técnico); 3 Vocales, con voz y voto, elegidos anualmente por los sacerdotes diocesanos; 1 Vocal religioso, con voz y voto, elegido por los socios religiosos; 1 Vocal seglar, con voz y voto, elegido por los socios seglares.

4. Los fondos del Erario Diocesano estarán depositados bajo tres firmas: la del Presidente, la del Secretario y la del Tesorero de la Directiva. El manejo de fondos, bajo la vigilancia de la Directiva, será confiado a instituciones bancarias y a técnicos financieros.

5. Se llevará detallado control de todos los ingresos, servicios y erogaciones, anualmente revisado por técnicos. En la Asamblea anual del Se-

guro Sacerdotal Diocesano, éste y el Erario Diocesano publicarán en un Boletín su estado de cuentas.

6. Las reuniones y atribuciones de la Directiva Diocesana serán establecidas por el Reglamento que se haya dado, en su propia jurisdicción.

7. El pago de los servicios se tomará sucesivamente y en su defecto: de la caja del Seguro Sacerdotal, del Erario Diocesano o del Erario Nacional.

8. Al inscribirse, cada socio recibirá: 1) una credencial con la fotografía, número de identificación y firma del asegurado; 2) cada año, una lista del personal e instituciones o negociaciones afiliadas al Seguro Sacerdotal (médicos generales y especialistas, sanatorios, laboratorios de análisis clínicos, farmacias, hoteles, transportes, talleres, artesanos, tiendas, etc.).

9. En estas negociaciones afiliadas, los asegurados, si presentan su credencial, obtendrán el descuento convenido por estas negociaciones con el Seguro Sacerdotal.

10. Los asegurados solicitarán servicios médicos, ordinariamente, del personal e instituciones afiliados; pero si prefieren acudir a personal o instituciones no afiliadas, el Seguro Sacerdotal les ayudará a los asegurados, únicamente, con la cuota ordinaria señalada para tales casos.

11. El Seguro Sacerdotal pagará: 1) el día último de cada mes, a todos los sacerdotes y empleados de iglesias y oficinas eclesiásticas el sueldo correspondiente a su cargo, menos el 2%, si son sacerdotes; o un

día de salario, si son seglares inscritos en el Seguro Sacerdotal; 2) cada año, a cada socio, 30 jornales de aguinaldo, tres días antes de la Navidad; y 60 jornales para vacaciones en la fecha elegida por el socio; 3) a médicos, farmacias, sanatorios y laboratorios, al presentarle la orden facultativa, autorizada por el Seguro Sacerdotal y refrendada con el número y la firma del asegurado; 4) a los demás acreedores, al presentar la orden de pago firmada por el delegado de la Directiva.

12. Oportunamente serán reconocidas o autorizadas por un médico del Seguro Sacerdotal: la enfermedad, la invalidez, las medicinas, análisis clínicos, hospitalización, prótesis e intervenciones quirúrgicas.

13. Pierde sus derechos (IV, 3, 4, 8, 11) quien adeude al Seguro Sacerdotal más de seis cuotas mensuales o el que haya dejado transcurrir más de un año sin devolverle íntegro al Seguro Sacerdotal algún préstamo.

14. Si muere un sacerdote debiéndole algo al Seguro Sacerdotal, esa cantidad se irá deduciendo, dividida en 36 mensualidades, de la pensión post mortem, que el Seguro Sacerdotal les pagará a los familiares (IV, 13).

15. Las cuotas comenzarán a pagarse al mes de establecido el Seguro Sacerdotal en la Diócesis; y al año, a contar de esa fecha, empezarán a darse las prestaciones.

VI. Organización Nacional del Seguro Sacerdotal.

1. En el país debe haber "un fondo común de bienes" o Erario Na-

cional "con que las Diócesis más ricas puedan ayudar a las más pobres" (C. Vat. II).

2. El Erario Nacional se forma con los donativos y las aportaciones de todas las Diócesis. Cada una contribuirá con una cantidad mensual convenida, directamente proporcional a sus ingresos, y al número de sus sacerdotes. En caso necesario, las Diócesis pobres recibirán del Erario Nacional ayuda para que sus asegurados disfruten de los servicios del Seguro Sacerdotal.

3. El Seguro Sacerdotal Nacional será regido por una Directiva cuyo Presidente es el Presidente de la V. Conferencia Episcopal, que designará Secretario y Tesorero (técnico); 1 Vocal, con voz y voto, por cada Diócesis (ordinariamente el Secretario de la Directiva diocesana); 1 Vocal religioso, con voz y voto, por cada Provincia eclesiástica.

4. Los fondos del Erario Nacional estarán depositados bajo tres firmas:

la del Presidente, la del Secretario y la del Tesorero de la Directiva. El manejo de los fondos, bajo la vigilancia de la Directiva, será confiado a instituciones bancarias y a técnicos financieros.

5. Cuando el Erario Nacional haya crecido, construirá, si no es posible en cada ciudad episcopal, al menos en las poblaciones más importantes, mejor situadas y comunicadas del país, edificios propios: sanatorios, hospederías semigratuitas, asilos para sacerdotes ancianos, casas para ejercicios espirituales, bibliotecas, fincas de vacaciones, etc.

6. En la Asamblea anual del Seguro Sacerdotal Nacional, el Erario Nacional, previamente revisado por técnicos, publicará en un Boletín el estado de sus cuentas.

7. Las reuniones y atribuciones de la Directiva Nacional serán establecidas por el Reglamento que se haya dado, en su propia jurisdicción.

FRANCISCO RAMIREZ E HIJOS

Desean a su apreciable clientela felicidad y prosperidad en el año nuevo.—Estamos a sus órdenes para toda clase de trabajo de dorado, pintura, cuadros al óleo, cerámica e impermeabilizaciones técnicas.—Proyectamos Iglesias.

Escriba Usted a:

José Ma. Roa Bárcenas N° 57 - México 8, D. F.
o llame al teléfono 19-71-98.

No ha llegado todavía el momento de la decisión sobre el problema de la regulación de la natalidad

Vuestra visita nos es muy grata. Nos proporciona el placer de saludar y honrar a un grupo de personas a las cuales es nuestro deber tributar nuestra estima, nuestra admiración y nuestro aplauso. Sois hombre de ciencia, y esto es suficiente para que nos empenemos en conocerlos y apreciar la afinidad espiritual de vuestra profesión científica con nuestra misión religiosa; en planos diversos, vosotros y Nos estamos orientados hacia la verdad; verdad de orden natural la vuestra; de orden sobrenatural, la nuestra; vuestra investigación actúa en un campo científico donde trabajan la experiencia sensible y la razón, y de donde sacan su certeza; nuestras investigaciones marchan por los caminos del conocimiento histórico, especulativo y teológico; vosotros,

seguros y orgullosos de vuestras conclusiones, positivas, pero que inmediatamente habéis de reconocer incompletas, tanto con referencia a ulteriores progresos como con relación al misterio, cada vez más presente, del ser, de la vida, del origen y del porqué de las cosas; nosotros también seguros y gozosos por la luz invisible que nos es dado encontrar en la fe y la mística, pero siempre sedientos de la visión beatífica, cuyo deseo nos atormenta y cuya esperanza nos consuela; vosotros y nosotros, en una palabra, somos discípulos —¡apasionados, humildes y atentos!— y también maestros —exactos y deseosos de transfundir a los demás los tesoros de la verdad que poseemos—; cultivadores ambos de la verdad, de la realidad conocida; y

no por un vano ejercicio del pensamiento y de la palabra, sino para ayudar a nuestros hermanos los hombres, para elevarlos, para salvarlos; vosotros, en el ámbito de esta vida temporal; nosotros, en ésta y en la infinita de la eternidad. Somos parientes espiritualmente, y como a tales, como a los más nobles, los más dignos, los más queridos, nos es grato recibirlos y saludarlos.

Espejo del hombre ideal.

Así hemos actuado, con gran complacencia por nuestra parte, y siempre con sentido de sincero respeto, cuando grupos representativos del mundo científico, académico y cultural nos han honrado con su visita. La vuestra no nos proporciona solamente alegría, nos deja pensativos. Pertenecéis a la sanidad; esto solamente sería suficiente para llenar nuestro espíritu de sentimientos emocionados y de referencias intelectuales, muy particulares; pero es vuestra especialidad la que ahora pone en movimiento en nuestro espíritu una serie de pensamientos en cadena, todos en torno al nombre de "mujer". Sois ginecólogos y obstetras y dedicáis vuestro estudio, vuestra profesión a esa parte de la medicina que se ocupa de las enfermedades de la mujer. Conocemos la dedicación y la competencia con que ampliáis vuestras investigaciones científicas y vuestras aplicaciones terapéuticas en este campo de la patología, tan vasto para la investigación, tan fértil en males y sufrimientos, tan delicado por sus reflejos psíquicos, tan ligado a las fuentes somáticas de la vida humana y a las vicisitudes de la biolo-

gía y fisiología femeninas, y tan necesitado de cuidado y asistencia; y por ello gustosos alabamos y alentamos vuestro empeño científico y vuestro orgullo profesional. Pero ahora vuestra presencia nos hace pensar no sólo en el objeto de vuestra ciencia y de vuestro arte, sino más bien en el valor ideal, en el significado simbólico, en la visión sagrada y sublime que nuestra doctrina religiosa y nuestra formación humanística atribuye a la creatura femenina: a la mujer. Aquí tampoco nos encontramos, vosotros y nosotros, en el mismo plano; pero creemos que de la misma forma que Nos reconocemos ampliamente la esfera de vuestra competencia, vosotros no desdenaréis apreciar la esfera en la cual nuestro pensamiento humano y cristiano contempla a la mujer, de forma distinta a la vuestra, pero no menos real; el nuestro, acaso, lleno de sentimiento y poesía, expresado por medio de multiforme lenguaje de los valores suprasensibles: la antropología de la fe y de la inteligencia metafísica y deontológica de la vida humana. Para nosotros la mujer es un reflejo de una belleza que la trasciende, es signo de una bondad que creemos ilimitada, es espejo del hombre ideal, cual Dios lo concibió, a imagen y semejanza suya. Para nosotros, la mujer es una visión de pureza virginal que restaura los sentimientos afectivos y morales más elevados del corazón humano; para nosotros, es la aparición, en la soledad del hombre, de su compañera, que conoce la entrega suprema del amor, los recursos de la colaboración y de la asistencia, la fortaleza de la fidelidad y de la actividad, el heroísmo habitual del sacrificio; para nosotros, es la madre

—inclinémonos—, la fuente misteriosa de la vida humana, donde la naturaleza sigue recibiendo el soplo de Dios, creador del alma inmortal; para nosotros, es la creatura más dócil para cualquier formación; por tanto, idónea para todas las funciones culturales y sociales, especialmente para las que están más de acuerdo con su sensibilidad espiritual y moral; para nosotros, es la humanidad, que lleva consigo la mejor actitud para la atracción religiosa, y que cuando sabiamente la sigue, se eleva y sublima en la expresión más genuina de la feminidad; y por ello, al cantar, orar, anhelar, llorar, parece converger, naturalmente, en la figura única y suma, imaculada y doliente, que una mujer privilegiada, bendita entre todas, fue destinada a llevar a cabo, la Virgen Madre de Cristo: María.

Mirad, señores: éste es el plano en que nosotros encontramos a la mujer, tal vez desconocido para vosotros; y, ciertamente, no os disgustará, de cuando en cuando, subir de vuestro plano al nuestro para integrar en una visión global vuestra mentalidad y encontrar consuelo e inspiración en el esfuerzo de vuestro estudio y en el ejercicio de vuestros cuidados. No dudéis. Tendréis tema para nuevos, elevados y buenos pensamientos; y sumaréis dignidad y mérito a vuestra profesión.

La Iglesia y la regulación de la natalidad.

Pero existe un punto en el cual las dos competencias, la nuestra y la

vuestra, podrían ponerse en contacto y dialogar. Nos referimos al problema de la regulación de la natalidad; problema vastísimo, delicadísimo y problema en el cual Nos mismos, por sus implicaciones religiosas y morales, tenemos título; más aún, obligación de tomar la palabra. Problema de actualidad. Sabemos que se espera de Nos, sí, una palabra decisiva acerca del pensamiento de la Iglesia en este problema. Pero, como es obvio, no la podemos pronunciar en estas circunstancias.

Recordaremos aquí solamente cuanto expusimos en nuestro discurso del 23 de junio de 1964; es decir, el pensamiento y la norma de la Iglesia no han cambiado; son las vigentes en la enseñanza tradicional de la Iglesia. El Concilio Ecuménico, hace poco celebrado, ha aportado algunos elementos de juicio muy útiles para integrar la doctrina de la Iglesia en este tema tan importante, pero no suficientes para cambiar sus términos sustanciales, apropiados más bien para ilustrarla, y demostrar, con argumentos autorizados, el sumo interés que la Iglesia pone en los problemas concernientes al amor, al matrimonio, la natalidad y la familia.

Con ello todavía no se ha pronunciado la nueva palabra que se espera de la Iglesia sobre el problema de la regulación de la natalidad por el hecho de que Nos mismos, habiéndola prometido y habiéndonosla reservado, hemos querido hacer un atento examen de las instancias doctrinales y pastorales que a lo largo de estos últimos años han surgido a

propósito de este problema, estudiándolas en confrontación con los datos de la ciencia y de la experiencia que nos han sido presentados de todos los campos, especialmente de vuestro campo médico y del demográfico, para dar al problema una solución verdadera y buena que necesariamente ha de ser integralmente humana; es decir, moral y cristiana. Creemos haber asumido objetivamente el estudio de estas instancias y de los elementos de juicio. Nos ha parecido nuestro deber; y hemos tratado de llevarlo a cabo de la forma mejor, encargándolo a una amplia, variada y versada Comisión internacional, la cual, en sus diversas secciones, y a lo largo de amplias discusiones, ha llevado a cabo un gran trabajo, y nos ha remitido sus conclusiones, las cuales, sin embargo, nos parece no pueden ser consideradas como definitivas por presentar graves implicaciones con otros problemas, no pocos ni leves, de orden doctrinal, pastoral y social, que no pueden quedar aislados y acantonados, sino que exigen una lógica consideración en el contexto del problema sometido a estudio. Este hecho indica, una vez más, la enorme complejidad y la tremenda gravedad del tema relacionado con la regulación de la natalidad e impone a nuestra responsabilidad un nuevo estudio, al que estamos dedicándonos resueltamente, con gran reverencia para quienes le han dedicado ya su atención y su esfuerzo, pero también con sentido de las obligaciones de nuestro oficio apostólico. Este es el motivo que ha retrasado nuestra respuesta, y que la diferirá todavía por algún tiempo.

Entre tanto, como decíamos en el citado discurso, las normas enseñadas por la Iglesia, integradas por las sabias instrucciones del Concilio, exigen una fiel y generosa observancia; no pueden considerarse como no obligatorias, como si el magisterio de la Iglesia estuviera ahora dudando sobre ellas, mientras dura el estudio y la reflexión sobre cuanto se ha observado digno de atenta consideración.

Esto quiere decir, señores, que quizá nos tengamos que volver a encontrar para reanudar la conversación sobre tema de tanta importancia; pero desde ahora expresamos nuestra confianza en vuestra autorizada comprensión y en vuestra libre colaboración en una norma que más que por nuestra autoridad, por la de la ley de Dios, y más que por cualquier interés parcial, por el supremo de la vida humana, contemplada en su integridad, en su dignidad, en su destino, resulta óptima y sagrada para todos.

Gracias, señores, por vuestra visita.

Os expresamos nuestro reconocimiento, os aseguramos nuestra estima, os acompañamos con nuestro mejor augurio y os alentamos en vuestros estudios, en vuestros trabajos, en vuestros afectos familiares con nuestra bendición apostólica.

(Discurso de Pablo VI al LII Congreso Nacional de la Sociedad Italiana de Obstetricia y Ginecología. 29 de octubre de 1966).

Que pronto sea una realidad en nuestra patria el saludo de Cristo: "La paz con vosotros".

La reunión de la Conferencia Episcopal Vietnamita, que dentro de poco os va a congregar, nos ofrece un nuevo testimonio de vuestro celo y de vuestra dedicación al servicio de la comunidad católica de vuestro país, al cual, venerables hermanos en el Episcopado, os consagráis con espíritu ejemplar de generosidad y sacrificio, motivo de nuestro consuelo y admiración.

Conocemos vuestra angustia por la situación actual y vuestra preocupación ante un futuro lleno de incertidumbres, y, sobre todo, de problemas para la consolidación y el progreso de la Iglesia en vuestra patria.

Ya lo sabéis, lo hemos asegurado en muchas ocasiones: estamos a vuestro lado en estos momentos de prueba, y anhelamos comprender mejor vuestras penas y compartir más íntimamente vuestras preocupaciones apostólicas. Solamente en este sentido creemos podremos responder al sentimiento profundo de devoción que profesáis al humilde Vicario de Cristo; prueba nueva y elocuente de ello son los mensajes de nuestros venerables hermanos el arzobispo de Saigón y el obispo de Dalat —que hemos leído con profunda emoción.

Con intención de testimoniarnos el singular afecto que sentimos por ca-

da uno de vosotros, por los fieles confiados a vuestros cuidados y por vuestra nación, tan vejada, hemos querido daros una prueba tangible —que esperamos os resulte grata— de nuestra presencia en medio de vosotros en la reunión de vuestra Conferencia Episcopal, haciéndonos representar por medio de nuestro venerable hermano monseñor Sergio Pignedoli, arzobispo titular de Iconium y delegado apostólico en el Canadá. Le hemos confiado la misión de llevaros nuestro fraternal y afectuoso saludo, manifestaros nuestra satisfacción por el celo que desarrolláis en el ejercicio del santo ministerio, repetiros nuestras palabras de aliento, recoger de vuestros labios la exposición de las necesidades más urgentes de vuestras diócesis y discutir con vosotros las iniciativas que parezcan apropiadas para asegurar la realización de las decisiones conciliares.

Dificultades y obstáculos de todo tipo y procedencia hacen aún más arduo vuestro trabajo apostólico en este país, tan ampliamente bendecido, sin embargo, por el Señor, por su abundancia de riquezas naturales y la generosidad de su población, que conserva tan vivo el sentido de lo espiritual, manifestándolo por un conjunto de tradiciones, ritos y creencias, que tienen su centro de expresión en la familia.

nor interés temporal— estamos dispuestos a una colaboración sin límites, recordando, al mismo tiempo los principios en que ha de apoyarse necesariamente, si quiere ser justa y duradera.

Que Dios, en su bondad misericordiosa, acoja estos votos y deseos que formulamos en una plegaria llena de humildad y confianza.

Que la especialísima bendición apostólica que os concedemos, a vosotros, venerables hermanos, al clero secular y regular, a los religiosos y a

los fieles, os acompañe y sostenga en la obra constructiva que estáis llamados a realizar: la edificación del Cuerpo Místico de Cristo y el retorno de esa paz tan ardientemente deseada, con miras a la prosperidad de vuestra patria.

Dado en Roma el 15 de septiembre de 1966, en la festividad de Nuestra Señora de los Dolores, cuarto año de nuestro pontificado.

(Mensaje de Pablo VI a la Asamblea plenaria de la Conferencia episcopal de Vietnam).

Asumid vuestras responsabilidades seculares en el campo de vuestra competencia

“Nuestro Santo Padre, el Papa Pablo VI, ha manifestado siempre su profunda solicitud en favor del Vietnam, torturado por una guerra tan larga y que no cesa de amplificarse. No ha dejado pasar ocasión alguna, ni descuidado algún medio que estuviera en su mano, para favorecer la paz en el mundo y particularmente en nuestra querida patria, donde todo parece confabularse para arrebatarnos las peores catástrofes.

En el mes de octubre del año pasado, desde la ONU, él hizo un llamamiento solemne para evitar la guerra y sus causas. El mundo entero se conmovió profundamente.

Muy recientemente, en su encíclica “Christi Matri Rosarii”, en nombre del Señor Jesús, Príncipe de la Paz, elevó también él su voz “para suplicar encarecidamente a los jefes de las naciones que hagan todo esfuerzo para que el incendio no se extienda sino que se extinga por completo”.

Sepan quienes tienen en sus manos la suerte de la familia humana —decía también—, que en este momento pesa sobre ellos una gravísima obligación de conciencia.

También nosotros, los obispos de Vietnam, reunidos en conferencia

episcopal, bajo la presidencia del legado pontificio, su eminencia monseñor Sergio Pignedoli, unidos con pleno corazón y voluntad a nuestro Santo Padre el Papa, aunamos nuestra voz con la suya:

“En nombre del Señor, elevamos el grito: ¡Deteneos! Es necesario reunirse para llegar con sinceridad a tractativas leales. Es este el momento de allanar las divergencias, aun a costa de algún sacrificio y detrimento, porque más tarde deberían solucionarse, quizá con inmensos daños y tras dolorosísimos estragos. Pero es preciso establecer una paz basada en la justicia y libertad de los hombres, es decir, que tenga cuenta de los derechos de los hombres y de las comunidades; pues de lo contrario será débil e inestable”.

A esta tarea, a la que invitamos a todos los hombres de buena voluntad, estamos decididos firmemente a consagrar nuestras vidas y nuestros esfuerzos, siguiendo el ejemplo del Santo Padre.

Por eso:

Después de reconocer y elogiar primeramente con profunda emoción el espíritu de sacrificio de tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles que viven y perseveran en la fe, y su labor apostólica, sobre todo en regiones apartadas y expuestas a peligros, la Conferencia Episcopal les cita como ejemplo para todos, recordando al mismo tiempo, vivamente la imperiosa necesidad de la total donación de sí mismos, de la disciplina

y del espíritu de unidad que deben ser nuestros.

Dirigimos nuestro pensamiento con especialísimo amor a las innumerables víctimas de las presentes desventuras: los refugiados y los siniestros; las familias arruinadas, reducidas a la más extrema pobreza y a la inseguridad; a cuantos lloran tantas muertes crueles, madres, esposas, huérfanos. Todos aquellos que sufren estén ciertos de nuestra solicitud y sepan que procuramos e intentaremos, por todos los medios, suavizar sus penas. Recuerden que su dolor aceptado cristianamente no es inútil sino que es el más hermoso obsequio que ellos pueden hacer a la Iglesia y a la Patria para conseguir que retorne la paz.

Todos aquellos que gozan de la seguridad, del pan cotidiano, de prosperidad o de fortuna deben sentirse obligados en conciencia a compartirlos con los más desheredados. Ellos no han quedado preservados más que para ser los intendentes de Dios; recuerden que tendrán que dar cuenta severa un día.

Queremos, muy particularmente, dirigir nuestro saludo fraternal a todos los fieles de las otras confesiones religiosas. Nosotros nos declaramos hermanos universales de todos los hombres. Deseamos únicamente el respeto mutuo, la concordia, el diálogo fraterno.

Abrigamos en lo íntimo de la conciencia la convicción de que la na-

ción se renovará y de que será construido un mundo mejor, viviendo estos sentimientos y mediante la unión cordial y respetuosa de todos y cada uno. Exhortamos vivamente a nuestros fieles católicos a un esfuerzo constante y sincero en este sentido.

Y, por lo que se refiere a nuestros fieles, queremos dirigirles algunas consignas precisas y urgentes:

1. Es notorio que, en conjunto, los fieles son fervorosos y están animados de espíritu de sacrificio. Hay, sin embargo, algunos en los que se advierten reacciones más sentimentales que razonables, que prestan más adhesión a la letra que al espíritu, que viven un cristianismo poco profundo, hasta el punto de que su criterio está en peligro de extraviarse, así como su acción de ser desconsiderada, sobre todo en los tiempos difíciles en que vivimos. Se constata en particular que la moralidad privada y pública se ve gravemente comprometida: se atenta contra la pureza de las costumbres; no se respeta la justicia; se observa una carrera desenfrenada hacia los placeres y el dinero; de este modo, nuestra sociedad se deja arrastrar por una corriente enteramente contraria a nuestras mejores tradiciones nacionales y al espíritu evangélico.

Por este motivo, exhortamos encañonadamente a los fieles a readquirir el dominio de sí mismos a estudiar cada día con más ahínco la doctrina cristiana tal como nos la presentan los recientes textos conciliares, a meditar diariamente el Evangelio. Para

vivir mejor nuestra fe, es preciso cultivarla. Es necesario, asimismo, aplicarla en la propia vida cotidiana y llevarla constantemente a la vida pública, todavía con más generosidad y espíritu de sacrificio.

2. Ha llegado el tiempo, queridos hermanos, en que el cristiano debe adquirir más conciencia de sus responsabilidades en la Iglesia, como miembro del Pueblo de Dios.

Os rogamos con insistencia que no temáis asumir vuestras responsabilidades de seglares en los sectores que os pertenecen; de ese modo, vuestros sacerdotes podrán consagrarse más eficazmente a los ministerios pastorales y espirituales que les son propios.

Cooperad con abierto empeño, teniendo siempre presente el Evangelio, dentro del curso de la vida, en todas las tareas humanas que haga la sociedad más próspera, más justa y más fraternal. Reconoced también que nuestra sociedad está en plena evolución: dos épocas, dos generaciones se afrontan y, precisamente por eso, es necesario tratar de comprenderse, de dialogar, de colaborar para construir la sociedad nueva.

3. No olvide nunca el católico que es ciudadano en toda su integridad de la patria común; acepte pues él todas las responsabilidades que ello comporta en los diversos planos: social, político, económico, profesional. A fin de hacer respetar la justicia y el bien común en todas sus activida-

des, los ciudadanos católicos deben mantener la calma y la concordia, evitando todo aquello que pueda dar origen al odio o a la venganza.

Prefieran ellos, incluso, a veces, sufrir un perjuicio, si bien, reclamando sus derechos y la justicia, antes que crear un clima de discordia.

En el sector específicamente político, el cristiano debe, intrépidamente, tomar parte activa en él, no por su interés personal, sino por el bien de la comunidad nacional. Y él no debe dudar, si fuera necesario, en dar su adhesión a todo partido político honesto aunque no sea católico, que persiga como fin el interés del país y que garantice el respeto a la religión.

Con el fin de ayudar al pueblo cristiano a comprender mejor sus obligaciones cívicas y políticas, la Conferencia Episcopal ruega vivamente a las "élites" cristianas del país que organicen cursos y reuniones, que publiquen estudios y artículos, que promuevan anualmente "Semanas Sociales", pues de ese modo, los espíritus adquirirán más profunda madurez.

4. Finalmente, con gozo y con especialísima amistad, expresamos toda nuestra confianza a todos los jóvenes.

Estáis, amigos, en la edad de la búsqueda de un ideal, de la generosidad. Ahora bien, Jesús, Nuestro Señor y Nuestro Hermano, su ideal de

vida evangélica son dignos de vuestro amor y de la donación de vosotros mismos.

¡Estad convencidos de que un mundo mejor que el de vuestros padres sólo puede construirse sobre el fundamento inquebrantable de Cristo!

No os dejéis nunca desalentar por la dureza de los tiempos: ella es más bien una invitación a elevar muy en alto vuestros espíritus y vuestros razones.

Rechazad toda hipocresía y todo egoísmo. Abrigad la ambición de convertirlos en valores morales e intelectuales. Sed hombres de honor, honestos en todo y siempre amantes de la lealtad y de la rectitud.

Es así como, desde ahora, seréis los constructores del porvenir. Pero acordaos de la palabra del salmista: "Si no es el Señor quien construye la casa, en vano trabajan los que la edifican".

¡Que Dios esté con vosotros!

Queridísimos hermanos, de este modo, prácticamente debemos trabajar ardentemente en edificar la paz que todos anhelamos; de esta manera llevaremos al mundo el testimonio de amor y de fe que El espera de los cristianos.

Y nosotros os exhortamos a una oración perseverante y filial, tal como Nuestro Santo Padre el Papa nos lo pide; porque nuestro verdadero socorro está sólo en Dios" (Fides, 15-X-66).

Discurso de S. S. el Papa Pablo VI a los padres de la Congregación General de la Compañía de Jesús

Reflexiones preliminares del P.
Daniel Olmedo, S. J.

Me decidí a pedir la benévola hospitalidad de la revista "Christus" para las reflexiones que siguen, y la inserción del extraordinario discurso de S.S. el Papa, por tener la impresión de que la difusión en el público de unos cuantos párrafos, con marcada tendencia elegidos, ha suscitado inquietudes en unos, desagrado profundo en otros y confusión en muchos más. Nadie pudo, ni los mismos jesuitas, por la información de la prensa comprender lo que el Papa dijo. Muy diversa es, en cambio, la idea que cualquiera se puede formar por la lectura del discurso íntegro, aunque ni esa misma sea exacta en quienes no están familiarizados con lo que es para la Compañía de Jesús una Congregación General y lo que la inmensa mayoría de los jesuitas esperábamos que opinara y decidiera Su Santidad. Como entre los lectores de "Christus" hay quizá centenares que fueron mis discípulos en los doce años, "quorum memoria in benedictione est", en que tuve el privilegio de iniciarlos en el estudio de la Historia Eclesiástica en el Seminario de Montezuma, y también muchos que tienen en sus manos la obra que publiqué con el resumen de mis clases, en la que dedico varias páginas a los orígenes, constitución esencial, fines

de la Compañía, me figuré que no pocos tendrían gusto en preguntarme, en la confusión que han suscitado tan ambiguas o incompletas noticias, como lo hacían después de mis clases, qué es en realidad lo que dijo el Papa, cómo hay que entenderlo y qué pretendió. Y me pareció la mejor respuesta ponerles en las manos el discurso, no sin algunas reflexiones previas que aclaren las circunstancias en que lo dijo. Tanto más, cuanto que la difícil comprensión del discurso, ha desconcertado mucho a nuestros amigos y simpatizadores que no a los indiferentes y aun hostiles. Entre nuestros amigos hay no pocos que, llevados de su bondad, tienden a aplicar lo que puede o aun debe decirse de la Compañía en general o lo que en justicia puede decirse de muchos de sus miembros; a todos y cada uno de nosotros, como si fuéramos un ejército compacto en que todos lleváramos el mismo paso, entiéramos de exacta manera las mismas órdenes y las ejecutáramos con perfecta uniformidad. De ahí también a veces en algunos el que juzgan a los jesuitas más por lo que canta con su voz la fama pregonera o aun "encarama la lengua lisonjera" que por lo que es y reconocemos como verdad. Ni hay que atribuir a ma-

la fe, ni a sentimientos hostiles la incompreensión de las palabras del Papa. Es muy natural que cuantos no están compenetrados ni con el ambiente renovador dominante hoy en muchas partes de la Iglesia después del Vaticano II, ni con la verdadera finalidad trascendentalmente sacerdotal y apostólica de la Compañía de Jesús, ni den su verdadero alcance a las palabras del Papa, ni comprendan exactamente lo que se propuso. Tampoco por tanto hay que atribuir a malevolencia el que la prensa diaria haya aprovechado los reportajes, llegados de Roma, para "hacer noticia", eligiendo los párrafos que se prestaban a sensación. Podría citar aquí los de casi todos los cotidianos de México. Basten como ejemplo los de "Excelsior", tan leído en todo el país: "Severa amonestación papal a los jesuitas" (17 de Ncv.), "Perpleja y muy preocupada la Orden de los jesuitas" (22), y pocos días más tarde "Más jesuitas acatan las órdenes del Papa". Para el público esto significa que la Orden recibió muy mal las palabras del Pontífice y aun que muchos no quisieron someterse, de pronto, cuando menos. No llegarán a tanto los sacerdotes que tienen suficiente sentido crítico para interpretar el sensacionalismo periodístico, pero aun entre ellos puede producir cierto desconcierto el leer tan sólo párrafos pontificios que aluden a "noticias referentes a vuestra Compañía, y por lo demás, también referentes a otras familias religiosas, por las que no podemos ocultar el estupor, y por algunas de ellas, el dolor..." o a "sugerencias extrañas y siniestras (que han hecho surgir en algunos ángulos de vuestra extensísima Compañía, la duda de si

había de continuar existiendo" como la ideó San Ignacio, o a los que insinúan que hay quienes se dejan llevar del relativismo historicista, o piensan en dejar muchas de las prácticas "espirituales, ascéticas y disciplinares" o suprimir los ejercicios espirituales cotidianos o "la austera y viril cbediencia que siempre ha caracterizado a vuestra Compañía". A quienes sólo lean estas citas, puede ocurrírseles que el discurso del Papa achaca a la Orden una decadencia general, o cuando menos a la mayor parte de sus miembros. La lectura de todo el discurso y una somera reflexión sobre la "tensión" existente hoy en toda la Iglesia, "tensión" normal y constante en toda institución, pero muy potente hoy por el derrumbe de seculares estructuras sociales políticas y económicas, y la gestación de una nueva época en la Historia humana, no sólo desvanecerá esa falsa interpretación, sino que puede iluminar situaciones existentes, como afirma el Papa, en "otras familias religiosas" y, con las debidas proporciones en muchas diócesis e instituciones católicas. Baste evocar los problemas que suscita hoy día la renovación de los estudios y formación de los seminarios, la utilización de los medios modernísimos de apostolado (radio, televisión, avión, jaun automóvil) para comprender que en una orden religiosa, se complican con sus propias costumbres tradicionales y sus obligaciones de pobreza y obediencia. Es muy significativo que el mismo día, en audiencia general, había desaprobado muy a las claras el Papa, las ideas y actitudes de los renovadores exagerados, no sin haber antes también dicho muy alto que no compartía tampoco

las desconfianzas de los conservadores inmovilistas, sintetizando su sentir en esta sentencia: "No se puede demoler la Iglesia de ayer, para construir una nueva hoy" (También lo traduce "Ecclesia" del Osservatore Romano, 17 de Nov.). ¿Qué extraño tiene, pues, que entre nosotros empezara a haber muchísimos y encontrados pareceres sobre la forma en que conviene adaptar nuestro trabajo apostólico, sobre la conveniencia de ciertas innovaciones, que muchos juzgan y, aun de veras son revolucionarias, sobre la supresión de obras o métodos que parecían característicos de nuestra Orden o aun tradicionales en la Iglesia? Por qué maravillarse de que en este sincero examen muchos creyeran justas, posiciones que a muchos otros parecían exageradas? Tampoco deja de ser explicable, aunque sea triste, el que algunos, de buena fe, pero con poco acierto y menos prudencia, hayan llegado a posiciones que a la mayoría nos parecían inaceptables, que la Congregación General rechazó y que S.S. declara extrañas y aun lamentables.

No seríamos una corporación de hombres, si todos en todo, y aun en las difíciles circunstancias en que vivimos, acertáramos. El Concilio planteó con toda claridad el problema de la adaptación de la vida religiosa a nuestra época. Ya antes, mucho antes, lo teníamos planteado. "No puede virar con la misma rapidez un trasatlántico que un esquife" decía antes de la guerra nuestro Padre General. Lo normal, mientras la autoridad suprema de la Congregación General no interviniera, tenía que ser la

variedad de pareceres. Es lástima, y lo deplora el Papa, que algunos perdieran tanto el sentido de la tradición de la Orden y el valor perenne de muchas de sus prácticas espirituales.

¿Cómo no comprender que en tan extraordinario caso, deseáramos la palabra clara y terminante y decisiva del que es nuestro Jefe Supremo, el Papa? Y el Papa ha hablado y con toda claridad y sinceridad y es para nosotros una profunda satisfacción que con su soberana autoridad haya querido aprobar y robustecer las decisiones de la Congregación General y poner coto infranqueable a ciertas actitudes extremistas. No sólo acatamos su decisión, la esperábamos con ansia y nos ha colmado de gozo.

¿Quiero con esto decir que no haya excepciones? No lo pretendo, aunque de ninguna me conste. Ni las actitudes extremas que el Papa tan claramente reprueba en su discurso eran frecuentes, sino al revés de una minoría, ni quizá tampoco todos y cada uno de los jesuitas reciban las palabras del Papa con igual entusiasmo y satisfacción, que los que anhelábamos y —ciertamente éramos muchos— oírlos de sus labios. No seríamos una corporación humana, sino un escuadrón de autómatas si aun en esta actitud, no hubiera diversos matices y sentimientos.

Por lo demás, quizá los más asombrados del eco peyorativo en la prensa del discurso del Papa fueron los Padres congregados que salieron de la audiencia, admirados del cálido elogio tributado por el Papa a la

Compañía y agradecidísimos a la explícita aprobación de lo decidido por ellos. Habían trabajado los 225 representantes congregados en Roma a lo largo de dos sesiones (8 de mayo a 15 de julio de 1965 y 8 de septiembre a 17 de noviembre de este año), celebrado 123 reuniones plenarias de varias horas, y empleado gran parte del resto de su tiempo en comités y reuniones parciales, y dado más de cuarenta decretos para obedecer lo mandado por el decreto "Perfectae caritatis" del Vaticano II sobre la adecuada renovación de la vida religiosa. Ante los cambios traídos por la civilización contemporánea, habían discutido los problemas que brotaban de la función que debe tener nuestra Compañía en la Iglesia, de la formación que debe darse actualmente a nuestros jóvenes, de la selección de actividades apostólicas (en una época en que cada vez más abarcar todo, es no apretar nada) de convenientes modificaciones a la representación que se da a los jesuitas en el gobierno General de la Orden (condiciones para tomar parte en las Congregaciones periódicas que deben reunir todas las provincias de la Orden, etc., etc.), aun modificaciones en la estructura interna y en el ejercicio del gobierno del Padre General. Algunas revistas y aun periódicos han dado ya en otras naciones un resumen de los resultados obtenidos. Lo que aquí hace al caso es subrayar que S.S. después de indicar sus inquietudes afirmó que "en gran parte han sido disipadas por las conclusiones de vuestra Congregación". ¿Por qué sólo en gran parte? Porque es evidente que no bastan leyes ni decretos por sabios y prudentes que

sean para renovar una colectividad. Se requiere que se lleven al cabo con energía y eficacia. ¿Cómo los llevará a término nuestra Orden? Es aún el secreto de Dios, aunque la buena voluntad y aun entusiasmo con que, en cuanto puedo yo atestiguarlo, han sido recibidos, augura felices resultados, que sólo probará larga experiencia.

Ya me parece oír objetar a más de uno: ¡Pero, además de todas esas modificaciones tan laudables, no hay entre los jesuitas actuales, algunos que dejan mucho que desear y que ciertas actitudes no son laudables? Claro que sí. Eso acaece siempre en toda multitud, en toda sociedad algo extensa, y si algo debemos evitar a toda costa en las congregaciones religiosas, como en la misma Iglesia, es negar la existencia de faltas individuales, y hacer creer que todos sus miembros son perfectos e impecables; mucho más hoy día que la prensa divulga por todos los ámbitos del globo cualquier derrumbe sacerdotal que sale de lo ordinario. Pero caídas aisladas han acaecido siempre y seguirán acaeciendo, mientras vivamos en esta tierra y sigamos siendo de barro pecador. Demasiado sabemos los sacerdotes que hay estorbos en que con facilidad podemos tropezar y aun faltar en que despeñarnos. El Papa empero, no habla de esas caídas, ni tienen la trascendencia que las desviaciones ideológicas, aun nacidas de buena intención, causa segura a la larga, de peores consecuencias.

Además ¿no es injusto, engañoso y de nuestra parte falta de gratitud,

callar la insigne benevolencia del Papa con nuestra Compañía, patentizada en la recepción en la Capilla Sixtina de todos los que participaron en la Congregación General, en la devota concelebración en que tomaron parte el P. General y cinco padres que representaban a los jesuitas dispersos por el mundo, y en el mismo discurso, exhortación paternal, prueba de sincero y varonil amor de padre y de jefe tanto por señalar los peligros que nos amenazan, como por elogiar, como nunca lo había hecho en público un Papa, a nuestra Compañía, **que debe seguir siendo** "como el Santo que la ideó y la fundó lo dejó escrito en normas sapientísimas y firmísimas, y como una tradición secular, madurada por atenta experiencia y corroborada por autorizadas aprobaciones, la modeló para gloria de Dios, defensa de la Iglesia y maravilla del mundo".

Quizá parezca a alguno que al escribir estas líneas me he dejado llevar del filial amor a la Compañía de Jesús, amor profundo que no quiero ocultar y que es uno de mis más gratos deberes, cuando tengo más de cuarenta años de vivir en ella y de haber recibido por ella incontables beneficios de Dios. Estoy, sin embargo, convencido de que lo que pensando en mis inolvidables antiguos discípulos escribo aquí, corresponde a lo que pienso y que desde que empezaron a difundirse las pesimistas interpretaciones, acertó Ramón de Ertze Garamendi en su editorial del mismo "Excelsior" al descubrir como características de las palabras pontificias "exigencias de fidelidad y afirmaciones de una confianza inalterada". Me he alargado demasiado. Mejor es leer ya el discurso papal.

"CASA PATIÑO"

Federico Patiño R.

Tabasco Nº 195. México 7, D. F. Tels.: 14-24-91 y 46-81-28

Fabricante e Importador de Estampas, Libros y Medallones, Artículos religiosos en general.

Precios especiales a sacerdotes y Ordenes religiosas.

Envíos directos y C.O.D.

Tenemos el surtido más extenso en estampas litúrgicas así como para Primera Comunión.

CRISTO OS ELIGE, LA IGLESIA OS ENVIA, EL PAPA OS BENDICE

Hemos querido que concelebrárais y participárais con Nosotros en el sacrificio eucarístico, antes de que cada uno de vosotros, finalizados los trabajos de vuestra Congregación general, regresaseis a vuestra casa, desde Roma, centro de la unidad católica, dispersándoos por toda la faz de la tierra, para saludaros a todos y cada uno, confortaros y alentaros, para bendeciros a cada uno en particular, a toda la Compañía, a las múltiples obras que, para gloria de Dios, promovéis y servís en la santa Iglesia y renovar en vuestro espíritu, de una forma solemne y especial, el sentido del mandato apostólico, que califica y fortifica vuestra misión, como si fuera vuestro bienaventurado padre Ignacio, soldado fiel como ninguno de la Iglesia de Cristo, quien es la confiriera y renovara; más aún, como si fuera el mismo Cristo, del que indignamente, pero verdaderamente, hacemos las veces, aquí, en la tierra, en esta Santa Sede, quien os la confirmara, amplificara y misteriosamente os ayudara en ella.

Por ello, hemos elegido este lugar, sagrado y tremendo por su belleza, por su poder, pero especialmente por el significado de sus imágenes, lugar venerable como ninguno por la voz de nuestra humilde, pero pontificia oración, que se expresa aquí, recogiendo, no sólo las alabanzas y sufrimientos de nuestro espíritu, sino las inmensas súplicas de toda la Iglesia, de toda la tierra, incluso de toda la humanidad, a quien, debido a nuestro ministerio, servimos de intérprete ante el Dios sumo y le transmitimos el oráculo divino. Hemos elegido este lugar, donde, como sabéis, se buscan y determinan los destinos de la Iglesia en ciertos momentos históricos que, hemos de creerlo, no están dominados por la voluntad de los hombres, sino por la misteriosa y amorosa asistencia del Espíritu Santo. Hoy invocaremos aquí al mismo Espíritu como conclusión de esta ceremonia piadosa, por la santa Iglesia, resumida y representada en nuestro oficio apostólico, y por vosotros, por vosotros miembros, enviados y

responsables de vuestra y nuestra Compañía de Jesús.

Esta invocación conjunta al Espíritu Santo quiere, en cierto modo, sellar el gran y terrible momento que habéis vivido, sometiendo vuestra sociedad y sus actividades a un severo examen con ocasión del Concilio Vaticano II, hace poco concluido, a modo de clausura, de cuatro siglos de vuestra historia y de inauguración con nueva conciencia y nuevos propósitos de un nuevo período de vuestra vida religiosa y militante.

Por ello, este encuentro, hermanos e hijos carísimos, tiene un significado histórico particular, que vosotros y nosotros podemos determinar mediante la mutua relación que existe, que debe existir entre la Compañía de Jesús y la santa Iglesia, cuya dirección pastoral y representación total ostentamos por mandato divino.

¿Cuál es la relación? A vosotros y a Nos corresponde la respuesta a esta pregunta, que se divide del modo siguiente:

1) ¿Queréis vosotros, hijos de Ignacio, soldados de la Compañía de Jesús, seguir siendo hoy, mañana y siempre, lo que habéis sido, desde vuestra fundación hasta este día, para la santa Iglesia católica y para esta sede apostólica? Esta pregunta nuestra no tendría razón de ser si a

nuestros oídos no hubieran llegado comentarios y noticias referentes a vuestra Compañía y, por lo demás, también referentes a otras familias religiosas, por las que no podemos ocultar el estupor, y por algunas de ellas, el dolor que nos han causado.

¿Qué sugerencias extrañas y siniestras han hecho surgir en algunos ángulos de vuestra amplísima sociedad la duda de si había que continuar existiendo como el Santo, que la ideó y la fundó, lo dejó descrito en normas sapientísimas y firmísimas, y como una tradición secular, madurada por una atenta experiencia y corroborada por autorizadas aprobaciones, lo modeló para la gloria de Dios, defensa de la Iglesia y maravilla del mundo? ¿Acaso se ha adueñado de la mente de algunos de los vuestros el criterio de la absoluta historicidad de las cosas humanas, engendradas por el tiempo e inexorablemente devoradas por el tiempo, como si no existiera en el catolicismo un carisma de verdad permanente y de estabilidad invencible, del que es símbolo y fundamento esta piedra de la sede apostólica? ¿Acaso el ardor apostólico que anima a vuestra Compañía os ha persuadido de que, para dar mayor eficacia a vuestra actividad, era necesario abdicar de muchas venerables costumbres espirituales, ascéticas y disciplinares, por no ayudar ya, sino frenar la expresión más libre y personal de vuestro celo? Y, por ello, se creyó que la austera y viril obediencia, que siempre ha caracterizado a vuestra Compañía, más

aún, que siempre ha hecho evangélica, ejemplar y formidable su estructura, debía ser atenuada, como enemiga de la personalidad y obstáculo para una acción viva, olvidando lo que Cristo, la Iglesia, vuestra misma escuela espiritual tan magníficamente han enseñado sobre esta virtud. En esta línea, quizá alguno haya creído que no era necesario imponer a su alma el "ejercicio espiritual", es decir, la práctica ardua e intensa de la oración, la humilde y ardiente disciplina de la vida interior, del examen de conciencia, del diálogo íntimo con Cristo, como si la acción externa fuera suficiente para mantener iluminado, vigoroso y puro el espíritu y fuera válida de por sí para la unión con Dios; y como si esta riqueza de formas espirituales sólo fuera propia del monje, y no armadura indispensable del soldado de Cristo. Quizá también alguno creyó ilusoriamente que para difundir el Evangelio de Cristo era necesario hacer propias las costumbres del mundo, su mentalidad, sus formas profanas, accediendo a la valoración naturalista de las costumbres modernas, olvidando, también en este caso, que el acercamiento obligado y apostólico del heraldo de Cristo a los hombres, a los que se quiere llevar su mensaje, no puede ser una asimilación tal que haga perder a la sal su sabor salada, al apóstol su virtud original.

Nubes en el cielo, que en gran parte han sido disipadas por las conclusiones de vuestra Congregación. Con cuánto gozo hemos sabido que

vosotros, vosotros mismos, fuertes con la rectitud que siempre ha animado vuestras voluntades, tras un amplio, y sincero examen de vuestra historia, de vuestra vocación, de vuestra experiencia, habéis decidido permanecer coherentes y fieles a vuestras constituciones fundamentales, sin abandonar vuestra tradición, que gozaba de continua actualidad y vitalidad entre vosotros, dando a vuestras reglas las oportunas modificaciones, a que la "renovatio vitae religiosae", propuesta por el Concilio, no sólo os autoriza, sino que os invita; y que no queréis herir de ningún modo la ley sagrada que os hace religiosos, más aún, jesuitas, sino más bien poner remedio a la usura del tiempo transcurrido y vigorizarla contra los embates que el futuro le prepara, de forma que este resultado tenga primacía sobre los muchos que se han madurado en vuestras laboriosas discusiones, asegurando una verdadera conservación y un progreso positivo, no sólo al cuerpo, sino también al espíritu de vuestra Sociedad. A este respecto os exhortamos calurosamente a que, también en el futuro, conservéis en el programa de vuestra vida la primacía de la oración, sino apartaros de las providenciales orientaciones que habéis recibido ¿pues, en dónde, si no en la gracia divina, que como agua viva fluye hasta nosotros por los humildes canales de la oración y de la búsqueda interior del diálogo con Dios, especialmente de la sagrada liturgia, en donde encontrará el religioso inspiración y energía para su

lica el ecumenismo actual? ¿Quién mejor que vosotros le dedicará estudios y fatigas, para que los hermanos todavía separados de nosotros, nos comprendan, nos escuchen y compartan con nosotros la dicha, el gozo, el servicio del misterio de la unidad en Cristo?

La difusión de los principios cristianos en el mundo moderno cual han sido delineados por la ya célebre constitución pastoral "Gaudium et Spes", ¿acaso no tendrá en vosotros hábiles, prudentes y vigorosos especialistas? ¿Y el culto que fomentáis al Sagrado Corazón no os servirá de instrumento eficazísimo para contribuir a la renovación espiritual

y moral de este mundo que el Concilio Ecuménico Vaticano II ha perdido, y para llevar a cabo con fruto la misión que se os ha confiado de combatir el ateísmo?

¿No os dedicaréis con nuevo ardor a la educación de la juventud en las escuelas secundarias y en las universidades —eclesiásticas o civiles—, título que siempre os ha granjeado gran gloria y abundantes méritos?

Tened presente que se os ha confiado muchas almas juveniles, que un día podrán rendir a la Iglesia y a la Sociedad preciosos servicios, si reciben ahora una formación completa.

"LIBRERIA GUADALUPANA"

Isabel la Católica N° 1-C — Tels.: 13-48-75 y 13-12-14
México 1, D. F.

La Librería más completa en el ramo religioso. Siempre novedades.

Misales con Nuevas Reformas, Diarios para Fieles, Breviarios, Ritual Bilingüe, Sagradas Biblias, Filosofías, Teologías, Catequesis, Libros para educación de ambos sexos. Ordo Ritus Servandus Et Cantus (in celebratione et concelebratione) con forro plástico \$18.00. Cantante Dominum (Cantos populares religiosos, música y letra) \$10.00. Iglesia del Vaticano II (Estudio en torno a la Constitución Conciliar Sobre la Iglesia) 2 tomos. Documentos del Concilio Vaticano II Documentos en Varias Ediciones y otros sobre lo mismo, Novedades de las últimas ediciones. Artículos para Regalo, Calendarios Artístico, Religioso y Litúrgico. Devocionarios, Artículos Religiosos, Estampas Religiosas para Sacerdotes, Primera Comunión y para todas las Festividades.

Surtimos pedidos por Mayoreo, C.O.D., Reembolso.

Prodigaos por el bien de la familia humana.

¡Y las misiones! Las misiones donde ya trabajan maravillosamente muchos de vuestros hermanos, donde sudan y sufren y hacen resplandecer como el sol de salvación el nombre de Cristo, ¿no os las ha confiado esta sede apostólica, como ya un día a San Francisco Javier, con seguridad de tener en vosotros a los mensajeros de la fe, más seguros, más audaces, más llenos de la caridad, que vuestra vida interior hace inagotable, confortadora e inefable?

¿Y el mundo? Este mundo de doble rostro, que el Evangelio nos descubre, el de la coalición de todas las oposiciones contra la luz y la gracia y el de la inmensa familia humana, por la que el Padre envió al Hijo y por la que el Hijo se inmoló; este mundo de hoy, tan poderoso y tan débil, tan hostil y tan abierto, este mundo, ¿no es para vosotros, como lo es para Nos, una vocación implorante y exaltante? ¿Y no está hoy aquí, bajo la mirada de Cristo, nuestro mundo, tembloroso y suplicante, diciéndoos a todos vosotros: venid, venid; la carencia, el hambre de Cristo os está esperando; venid, es el momento.

Sí, es el momento, hijos carísimos; marchad confiados y llenos de ardor; Cristo os elige, la Iglesia os envía, el Papa os bendice.

(Discurso del Papa a la XXXI Congregación General de los Jesuitas. 16 de noviembre de 1966).

El Evangelio Según S. Mateo

Traducción y Comentario de
Isidro Gomá Civit.

El comentario es, en realidad solamente de los primeros trece capítulos. O sea, hasta el sermón de las parábolas. El comentario es minucioso, preciso, matizado. Ha centrado su esfuerzo en comprender y convivir con la primitiva comunidad cristiana, que tanto amó el Evangelio de San Mateo.

Deja la esperanza de un segundo volumen en que termine su comentario.

\$ 115.50 - Dls. 10.40

OBRA NACIONAL DE
LA BUENA PRENSA,
A. C.

Apartado 2181
México 1, D. F.
Donceles 99-A

...USTED ENCONTRARA A DIOS

En Estas Páginas Profundamente Intelectuales y Científicas

OBRAS DE TEILHARD DE CHARDIN:

EL MEDIO DIVINO

La doctrina completa de Jesucristo en la que se añade una versión concreta de nuestras posiciones actuales ante el mundo y los conocimientos que de El tenemos.

\$ 35.00 — Dls. 3.15

NUEVAS CARTAS DE VIAJE

Nos permite ir siguiendo la vida del autor y sus preocupaciones científicas y espirituales.

\$ 33.00 — Dls. 2.95

EL FENOMENO HUMANO

Una de las piezas claves en el pensamiento de Teilhard, en la que establece en torno al hombre un orden consecuente y una ley experimental de recurrencia entre los elementos del universo.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

LA ACTIVACION DE LA ENERGIA

Visión optimista del futuro. Integración de todos los aspectos del mundo-político, científico, teológico, etc.—En una acción paralela a la activación que se produce en toda la energía.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Apartado 2181

México 1, D. F.

Donceles 99-A

W. H. F. Hogan, C.S.C.

DERECHO CANONICO

MAS VITALIDAD AL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Una y otra vez, los teólogos sacan a cuento la confesión por devoción, por causas muy diversas. De nuevo se ha puesto ahora en tela de juicio el valor de esa confesión como elemento de renovación litúrgica y de *aggiornamento* de la vida religiosa. Muchos teólogos, directores de retiros y religiosos, se han pronunciado en contra de la observancia del canon 595, N° 1, 3, donde se pide que los superiores deben cuidar de que los religiosos se acerquen al sacramento de la penitencia una vez por semana cuando menos. Numerosos son los que han manifestado su deseo de que esa ley se modifique en el curso de la revisión del Código de Leyes Canónicas. Algunos señalan que la confesión frecuente y regular, como se contempla en la actual legislación, acaba por producir una mentalidad legalista, encierra el alma, destruye la libertad espiritual en Cristo y da como resultado una excesiva preocupación por la propia alma y una escasa preocupación por el alma de los demás.

Otros afirman que en esos casos, la confesión se convierte en un acto de rutina, en una cuestión mecánica y no en un encuentro con Cristo. Semana a semana es lo mismo y casi siempre, lo que se confiesa no son los pecados sino las imperfecciones a las que los religiosos estén inclinados por temperamento o por costumbre.

Hay mucho de cierto en esas objeciones, pero la solución no está en desalentar a los religiosos para la confesión frecuente, como se ha hecho en muchos casos. Sería mucho mejor ir dejando de lado la obligación semanal específica, e insistir sobre la confesión frecuente, como lo hace el Código para los clérigos, en el canon 125.

De mayor importancia y trascendencia es que se ayude a los religiosos a poner más vitalidad en su práctica del sacramento de la confesión. Los confesores y sacerdotes que dan conferencias y retiros a los religio-

son, son los encargados de hacerlo. Ciertamente que la Iglesia y la tradición teológica consideran que el alma recibe muchos bienes espirituales con la confesión frecuente, y la Iglesia desea que los clérigos, religiosos y todos los cristianos comprendan las dimensiones de la penitencia y el efecto que puede tener en sus vidas. También a los sacerdotes que asisten a los religiosos para que aprecien mejor el sacramento de la penitencia, les corresponde revitalizar sus conceptos en esta materia. Esto es indispensable en vista de que existe siempre la posibilidad de caer en la indiferencia hacia la confesión a causa de la frecuente administración del sacramento.

Los efectos universales de la penitencia.

Uno de los medios más eficaces para el aprecio de la confesión, de la confesión frecuente, y para lograr que se considere al sacramento como un encuentro con Cristo, es la insistencia sobre los efectos universales de la confesión. En el pasado se insistió en el carácter de este sacramento como un vínculo personal y privado entre el alma y Dios, puesto que el pecado se consideraba tan sólo como una ofensa personal contra Dios, sin tomar mucho en cuenta el efecto de debilitamiento general que produce el pecado en el Cuerpo Místico.

Ese efecto se produce cuando cada uno de los miembros del Cuerpo

Místico de Cristo comete un pecado. Las tendencias actuales consisten en considerar que los efectos del pecado no están limitados a la persona que comete la ofensa, puesto que lo que uno de los miembros hace tiene efectos en la vida de todos los otros miembros, a causa de la unión real de todos los hombres en Cristo. Este modo de ver el pecado, aunque sea venial, a la luz de las ramificaciones que pueda tener en la vida del Pueblo de Dios sobre la tierra, y el ver a la penitencia como un medio de fortalecer esa vida, resulta mucho más saludable para clérigos y religiosos.

La gracia no establece una relación puramente individual entre el alma y la Santísima Trinidad. El hombre recibe la gracia y la comparte con el organismo de la Iglesia, en la que está la vida o la fuente de la gracia. El hombre encuentra a Cristo en la Iglesia a través de los sacramentos y ese encuentro es con el Cristo tal cual es en la Iglesia, Cabeza y miembros. Los frutos de esa reunión con Cristo Cabeza y Su Pueblo, redundan en el bienestar de ese pueblo por entero, además de beneficiar a la persona misma.

Ahora bien, si los clérigos y religiosos llegan a considerar la confesión como un encuentro con el Pueblo de Dios en Cristo para el mejoramiento espiritual del Cuerpo Místico, el sacramento de la penitencia adquiriría un nuevo significado para el individuo. En vez de un proceso puramente negativo, la confesión adquiriría aspectos apostólicos, conside-

rándola como un medio de aumentar y reforzar la santidad de la Iglesia. Aun reconociendo el bien que hace la confesión al alma individual, el religioso se sentirá inclinado a ampliar su punto de vista sobre ese sacramento al considerarlo en términos del bien que puede hacer a los demás. Es importante que la doctrina del Cuerpo Místico y la del encuentro con Cristo en los sacramentos, no quede en el campo de la teoría, sino que se infunda concretamente en la vida cristiana.

Existen varias normas para la administración de ese sacramento que pueden servir para el desarrollo de la idea de sus dimensiones eclesiales, como la jurisdicción necesaria para dar la absolución, la estola como símbolo de los poderes recibidos de la Iglesia para bien de la Iglesia, los lugares públicos para escuchar las confesiones, en capillas, oratorios o iglesias. También las palabras de la absolución en lengua vernácula, pueden servir de ayuda. A esas palabras puede hacerse un agregado de tal manera que el penitente vea en ellas un recordatorio de su reconciliación con la Iglesia, con los demás miembros del Cuerpo de Cristo en la tierra y con Dios, y para que comprenda que por medio del sacramento el Cuerpo Místico adquiere mayor vitalidad, después de haber sufrido un debilitamiento a causa de las faltas y las culpas.

Devoción bíblica.

Es posible inculcar a los religiosos

las dimensiones sociales de este sacramento, recomendándoles que ahí donde se haya establecido un tiempo fijo para las confesiones, se haga antes una breve lectura bíblica de los pasajes que ponen de relieve las dimensiones sociales del sacramento. En el Antiguo Testamento se encuentran muchos de esos pasajes. También las devociones o meditaciones sobre la solidaridad de los cristianos en Cristo puede ser una adecuada preparación.

Todo el que quiera tener un concepto eclesial de este sacramento verá que, además de ofrecer un buen medio para la santificación, facilitará el desarrollo de las disposiciones necesarias para un encuentro con Cristo. Muchas de las dificultades de los religiosos frente a la confesión, se deben a la rutina y de esa rutina resulta la carencia de la buena voluntad necesaria para la recepción fructífera del sacramento de la penitencia.

La recepción de un sacramento es verdaderamente ir al encuentro de Cristo y de su Iglesia y cualquier encuentro requiere actividad por ambas partes. Tenemos la garantía de la actividad de Cristo, pero por parte del hombre es necesario que la voluntad impulse a la actividad. Las personas deben poner en juego su voluntad y esforzarse para que el encuentro con Cristo sea benéfico.

El clérigo o el religioso que haya sido capaz de comprender las dimensiones de la confesión frecuente, tendrá un mejor entendimiento del sig-

nificado de confesar los pecados veniales con miras a santificar al Pueblo de Dios. Se aproximará al acto de la confesión de una manera más inteligente, buscando las relaciones entre las diversas faltas y viendo con claridad las raíces de la culpa predominante, la que impide al alma alcanzar es perfección que consiste en morir para sí misma y vivir para Cristo. De esta manera, la confesión dejará de ser una acción automática.

Con mucha frecuencia se deja de obtener del sacramento todo el fruto que puede dar por falta de atención a las relaciones entre las faltas y a las raíces del mal. Al poner atención en esos detalles, la gracia sacramental penetrará directamente a la fuente de las dificultades. Una confesión de esta naturaleza requiere un esfuerzo especial en la preparación y el examen de conciencia, pero bien vale la pena realizar ese esfuerzo.

Despojarse de la carga.

El alma que recibe las gracias de la absolución como resultado de una preparación inteligente para la confesión, experimentará la felicidad de despojarse de las culpas, ese alivio de despojarse de una pesada carga que oprime y sofoca el espíritu. Y a esa alegría se agregará la de caer en la cuenta de que la vida del Pueblo de Dios es más libre y más feliz en la medida de la mayor libertad y felicidad de cada uno de sus miembros. Nadie puede pensar que el acto de la confesión libera tan enteramente

de las culpas que un hombre come por hábito o por temperamento, que ya no las vuelva a cometer; sin embargo, es un hecho que cada confesión sincera, inteligente y consciente, ayuda mucho al alma a alcanzar la completa libertad en Cristo y en la vida de la Iglesia.

Hay otro elemento importante para los religiosos y que debe ser tomado muy en cuenta por los sacerdotes: esa actitud de humildad, de sencillez y de pequeñez ante Dios que la confesión frecuente desarrolla en el alma del penitente. En la sociedad actual prevalecen muchos conceptos equivocados que tienden a alejar de la confesión y a adoptar una actitud independiente hacia el sacramento de la penitencia. Los clérigos y religiosos no son inmunes a esos errores. Precisamente se trata de guiar a los clérigos y religiosos hacia la madurez personal respecto a la confesión. Es posible que algunos interpreten mal esa guía y caigan en el error de creer en su propia madurez y en su derecho a la independencia.

El sacramento de la penitencia frecuente, ayuda a conservar el alma en equilibrio, porque a cada penitente lo pone cara a cara con el hecho de su dependencia de Dios Todopoderoso, un elemento fundamental para alcanzar la verdadera madurez.

La confesión frecuente ofrece muchas ventajas a los clérigos, los religiosos y los cristianos en general, pero siempre debe ir precedida de una cuidadosa preparación. Se puede ayu-

dar grandemente a los religiosos a comprender el valor real del sacramento y no alentarlos a que sólo en raras ocasiones se acerquen al sacramento. Antes de que las actuales legislaciones sobre la confesión sean mal interpretadas o mal obedecidas,

es necesario hacer el intento de penetrar más profundamente al fondo del sacramento y renovar la práctica de acercarse a él. Sólo entonces la confesión frecuente dejará de ser, para muchos, una experiencia vacía, rutinaria y difícil.

SE HACEN CAMPANAS PARA IGLESIAS —

Calidad insuperable. Precios razonables.

Trapiches para Caña. Toda clase de piezas para Maquinaria, en fierro gris, bronce y aluminio.

"FUNDICION VALLES"

Miguel Martínez Zamora

Prolongación V. Carranza N° 100.

Ciudad Valles, S. L. P., México.

Apartado Postal N° 31



El Arte CRISTIANO, S.A.

Salamanca 102-Local 6

(Por Colima, Frente al Palacio de Hierro)

Tel. 11-54-39, MEXICO 7, D. F.



Altars, Imágenes de Talleres Barcelona, Ornamentos, Orfebrería, Artículos Religiosos. Diseños especiales para

ORATORIOS, CAPILLAS Y CRIPTAS

PARA SACERDOTES

SALTERIO DEL BREVIARIO ROMANO

PARA CADA DIA DE LA SEMANA

Texto de la COMISION EPISCOPAL MIXTA ESPAÑA-CELAM.
Contiene este volumen el texto completo de todas las horas del
Oficio Divino para cada día de la semana.

El texto castellano es el oficial, aprobado conjuntamente por el
Episcopado español y por el C.E.L.A.M.

Impresión a dos colores. Papel biblia auténtico.

8 páginas fuertes, con las fórmulas diaria del Ordinario.

Encuadernaciones:

- En tela, cortes rojos: \$ 78.00
- En fibra piel, cantos oro: \$ 100.00
- En piel chagrin, cantos dorados \$ 120.00

CONCILIO

CATEGORIA Y ANECDOTA

Dos tomos

Por el P. Ignacio Elizalde, S. J.

- Toda la historia del Concilio Vaticano II en breve y densa
síntesis.

Tomo I.—Tres primeras sesiones: \$ 38.50

Tomo II.—Cuarta sesión: \$ 26.50

No es una crónica superficial y táctica, sino una crónica de la
evolución de las ideas y argumentos a lo largo de las sesiones.

MARIA MADRE DEL SEÑOR, FIGURA DE LA IGLESIA

Por Max Thurian.

\$ 38.50

- El autor, teólogo protestante, lo dice con toda claridad y desde
las primeras líneas: no hay intención polémica en este libro;
por eso no se toca en él las cuestiones que en Mariología di-
viden a los cristianos.

Librería Editorial San Ignacio, S. A.
Donceles 105-D México 1, D. F. Apartado M-2695

predicación dominical

Quincuagésima (Lc., 18, 31-43)

Cada Cuaresma nos deja en la si-
tuación de ese hombre del que habla
el Evangelio de hoy.

Todos nosotros estamos represen-
tados en el ciego; pero a diferencia
de aquel ciego de Jericó, nosotros no
tenemos conciencia de nuestra ce-
guera. Nuestros ojos extienden la mi-
rada sobre el mundo que nos rodea,
nuestros sentidos lo absorben, nues-
tro corazón se complace en él. Sin
embargo, se nos escapa el verdadero
significado del mundo. Nos conten-
tamos con lo que ven nuestros ojos
de carne, con lo que desea nuestro
corazón de carne y no buscamos na-
da más ni nada mejor. O bien, siem-
pre queremos más y deseamos mejor,
pero dentro de ese orden material
que nunca podrá satisfacernos com-
pletamente.

El pecado nos pone una venda so-
bre los ojos y deja ciega a la fe de
nuestro bautismo. Una cuaresma ge-
nerosa, cuaresma de caridad, desata-
rá esa venda para dejarnos ver la vi-
da bajo la luz de Cristo resucitado.
Sentiremos la necesidad de gritarle
a Jesús: "¡Ten piedad de mí!" Pero
entonces veremos que la muchedum-
bre nos rodea. Los demás se burlan
de nuestro grito, se ríen despectiva-

mente; nos obligan a avanzar por su
camino y nos arrastran a su paso.
¡No se hable del dinero, no se hable
del trabajo, no se hable de la di-
versión!

Uno termina por no saber dónde
tiene la cabeza. Entre los gritos del
mundo se ahoga el tímido llamado
que queríamos hacerle a Cristo. Lle-
ga a apagarse enteramente. Nos afe-
rramos a todos los valores materia-
les que nos parecen mucho más efec-
tivos, mucho más positivos que ese
Dios que pasa.

Para que nuestro corazón vuelva a
quedar en su sitio, entre un rato de
oración y una función de cine, ele-
gimos la función de cine.

Entre una visita al Señor, presen-
te en el tabernáculo y el llamado te-
lefónico a un amigo, nos inclinamos
por este último, no porque sea más
sencillo, sino porque nos consuela,
nos satisface más. Si pensamos en
Dios lo haremos en tercera persona
y nunca en segunda persona. Nos di-
remos: "Dios me obliga a hacer esto
o aquello". Muy rara vez pensare-
mos: "Tú quieres que yo haga esto o
aquello". Tenemos ciego el corazón,

puesto que hacemos de Dios un ser tan poco personal, tan poco amado, que le hablamos con un "él", mientras que a todas las gentes que amamos a nuestro alrededor les dirigimos el "tú" de la segunda persona.

Nuestro objetivo de Cuaresma de-

berá ser descubrir el rostro de Dios, quitarnos la venda de los ojos. Con la gracia de Dios conseguiremos nuestro objetivo si, con toda la sinceridad de nuestro corazón le gritamos: "¡Señor, haz que yo vea! ¡Haz que yo te vea! ¡Arráncame de los ojos la venda de mis culpas que me impide verte!"

Domingo I de Cuaresma (Mt., 4, 1-11)

En este primer domingo de Cuaresma, la Iglesia nos presenta la tentación de Nuestro Señor en el desierto, como una advertencia sobre lo que nos espera.

La Cuaresma nos servirá de ayuda para pasar de nuestro estado de mediocridad espiritual a una vida más ferviente con Cristo resucitado y para resistir a las tentaciones, a las tentaciones de retroceder que se presentan cuando uno emprende un largo viaje. ¿Quién no piensa con nostalgia en lo que deja atrás?

Nuestra Cuaresma será como una ascensión hacia la Pascua, una subida hacia Cristo resucitado. Fijemos por adelantado el itinerario y las etapas: algún defecto que debemos eliminar, alguna ocasión de caída que debemos evitar, alguna cualidad dormida en el fondo de nuestro corazón que debemos sacar a flote. Cada cual

conoce sus tendencias y cada cual puede establecer su itinerario.

Pero entretanto, al esforzarnos por subir, como en cualquier esfuerzo que trastorna nuestra tranquilidad, es posible que añoremos la quietud que conocíamos en nuestra mediocridad.

Cuando los hebreos caminaban hacia la Tierra Prometida, recordaban las sabrosas cebollas que comían en Egipto y se les hacía agua la boca. El recuerdo constituía un suplicio en aquel desierto donde faltaba hasta el agua.

Sin duda que a lo largo de la Cuaresma sufriremos a menudo la tentación de volver atrás, es decir, de retirar nuestra generosidad y nuestra entrega. No nos dejemos atrapar. Ade-

lantémonos a las tentaciones con la ayuda de Señor Jesús. Apartemos las añoranzas que no sirven de nada. Alegrémonos al pensar que cada domingo es una fiesta en la que brindamos a Dios, durante el Ofertorio de la misa, nuestras determinaciones para la semana siguiente.

Unámonos a toda la Iglesia que, si bien ha disminuido la ley del ayuno, no ha rebajado para nada la ley del esfuerzo. Por el contrario, exige de cada uno de nosotros un esfuerzo más personal para vencer la gran tentación que nos impide seguir adelante.

Domingo II de Cuaresma (Mt., 17, 1-9)

Domingo a domingo, la Iglesia nos invita a declarar, junto con San Pedro: "Señor, qué bien estamos aquí". Estamos bien aquí, en tu casa.

La misa nos reúne en la casa del Señor. en la casa del Padre, en la Iglesia que es la casa de todos nosotros los que formamos una familia en torno a Cristo.

Al entrar a la iglesia, doblados bajo la carga de nuestras preocupaciones, podríamos salir transfigurados si estamos dispuestos a despojarnos de nuestro egoísmo para pensar, como Cristo, en "el bien del mundo entero".

Participar en la misa es compartir todas las intenciones de la Iglesia, aceptar las preocupaciones de su corazón maternal por todos los hom-

bres que todavía ignoran el gozo de formar parte de la familia de Dios.

Nosotros, los bautizados, somos responsables junto con ella de la redención del mundo. Si aceptamos esa idea en la misa del domingo, es transfigurar nuestra vida dándole las mismas dimensiones de la caridad de Dios.

Que cada misa ensanche nuestro corazón, que nos obligue a pensar en los otros, a unir a los otros —los ausentes, los prisioneros, los perseguidos, los pobres pecadores que no se atreven o que no quieren acercarse— en la oración que hacemos por ellos, en el sacrificio que ofrecemos por ellos. la oración y el sacrificio de Jesucristo.

¿No es acaso experimentar la ale-

gría de una transfiguración, dejar de lado las propias preocupaciones

para hacernos cargo de las de otros más desdichados que nosotros?

Domingo III de Cuaresma (Lc., II, 14-28)

La epístola nos invita a llevar gallardamente nuestra Cuaresma positiva. "Vivid como hijos de la luz, nos dice. Producid frutos de bondad, de justicia y de verdad".

Por cierto que en el mundo actual no es cosa fácil producir frutos de bondad, de justicia y de verdad. Sin embargo, esos son los únicos frutos que cuentan delante de Dios. Realicemos las palabras de Cristo (Evangelio) a propósito de la Santísima Virgen. ¿Es su dignidad de Madre de Dios la que alaba Cristo? Es su atención su sumisión a la Palabra de Dios; a esa Palabra que produjo en ella "los frutos de bondad, de justicia y de verdad".

La Cuaresma positiva es aquella en que nosotros, tal vez por mortificación, aunque también por el deseo de ser sinceros ponemos más honestidad en nuestras vidas, en nuestros deberes, en nuestras relaciones con los demás. Un poco más de comprensión y de bondad en todo.

Esas actitudes positivas harán que crezca en nosotros la gracia que recibimos en el bautismo y nos permitirán participar en la vida de Cristo. En ese desierto del amor que a veces es la vida, nos ayudarán a que retoñen y florezcan las virtudes cristianas. Sólo ellas podrán hacer comprender al mundo el sentido de la Pascua, es decir, del "paso del Señor". Es el paso del Señor por nuestros actos de vida cristiana.

Hace dos mil años, en un rincón de la tierra, pasó Jesús lanzando a los demonios. Hoy, a cientos y miles de años de Jesús, somos nosotros los cristianos los que debemos exorcisar al mundo, a ese mundo del cine y las finanzas, al mundo de la política y del comercio, al mundo del trabajo y del placer. ¿Cómo? Lo mismo que Jesús: por la oración, la fidelidad a la Palabra y por el ejemplo.

¿Cómo cambiaría el mundo si todos los cristianos tuviesen el valor de vivir como hijos de la luz!

DOCUMENTOS DIOCESANOS

MEXICO

En Circular N° 30 del 19 de noviembre de 1966, Mons. Luis Reynoso Cervantes, Canciller Secretario de la Curia del Arzobispado, dio aviso para llevar a cabo una

colecta por los damnificados de Italia y otra en favor de nuestros hermanos indígenas, según orden recibida del Excmo. Sr. Arzobispo Primado.

MORELIA

AVISO.—Circular N° 29/66 del 15 de noviembre de 1966.—Pbro. Joaquín Campos, Secretario.

El Excmo. y Revmo. Señor Arzobispo Coadjutor me encarga recordar a Uds. la disposición dada en el pasado mes de julio acerca de la Cooperación Diocesana.

Esta cooperación, como lo indicaba el Excmo. Señor, deben darla los industriales, comerciantes, propietarios de bienes productivos (como rentas de casas), profesionistas, empleados, obreros, etc.

Las personas cuyo salario no pasa de \$ 20.00 diarios quedan dispensadas de esta ley.

Las personas cuyo salario fijo es mayor de \$ 20.00 (empleados, obreros, operarios, etc.) deben dar a la Iglesia anualmente lo que corresponde a un día de salario.

Los propietarios, industriales, profesionistas, comerciantes, etc. que tienen entradas variables (no se trata de personas morales, sino de cada individuo) deben dar a la Iglesia el 1% de sus utilidades líquidas anuales.

El Excmo. Señor había fijado para la entrega de esta cooperación diocesana los meses de octubre, noviembre y diciembre; y ahora agrega el mes de enero del siguiente año.

La entrega de esta ayuda deben hacerla al párroco, al vicario fijo, o al capellán del templo a donde se asiste a los actos de culto, o directamente a esta Secretaría de la Curia diocesana.

Debe tenerse muy en cuenta que el producto de la Contribución Diocesana debe quedar separado de lo colectado por diezmos, pues son fondos diferentes, que deben aplicarse a diferentes fines. Los señores párrocos, vicarios fijos y en general los sacerdotes a quienes los fieles hayan entregado su cooperación, enviarán lo colectado, no a la Haceduría, sino a esta Secretaría, en la primera quincena de enero o en la primera quincena de febrero, si durante el mes de enero reciben todavía alguna contribución.

Síntesis de la circular N° 30/66 del 15 de noviembre de 1966.—Pbro. Joaquín Campos, Secretario.

El pasado día 12 de diciembre, el Excmo. y Revmo. Sr. Luis Ma. Altamirano Bulnes, celebró sus Bodas de Plata como Arzobispo de esta Arquidiócesis de Morelia. Con este motivo se ofreció a nuestro Pastor un tesoro espiritual, reunido en todas las parroquias y vicarías fijas, como un testimonio de afecto y gratitud al celebrar este memorable acontecimiento.

R/. Yo pecador...

V/. Dios todopoderoso tenga misericordia de vosotros perdona vuestros pecados y os lleve a la vida eterna.

R/. Amén.

V/. El Señor todopoderoso rico en misericordia, † os conceda el perdón de vuestros pecados.

R/. Amén.

V/. Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

R/. Señor, yo no soy digno de que vengas

a mí, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma. (Tres veces).

V/. El Cuerpo de Cristo.

R/. Amén.

Oh Banquete sagrado, en que Cristo se recibe como alimento, se renueva el recuerdo de su pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da una prenda de la futura gloria. (T. P. Aleluia).

V/. Les diste el Pan bajado del cielo. (T. P. Aleluia).

R/. Contiene en sí todo deleite. (T. P. Aleluia).

V/. Señor, escucha nuestra oración.

R/. Y llegue a ti nuestro clamor.

V/. El Señor esté con vosotros.

R/. Y con tu espíritu.

Oremos

Oh Jesús, que en un admirable sacramento nos has dejado el recuerdo de tu pasión, concédenos venerar de tal manera los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu Redención.

R/. Amén.

(Durante el Tiempo Pascual). Oremos. Infunde en nosotros, Señor, el espíritu de tu caridad y une con el vínculo de tu amor, a los que saciaste con los sacramentos de la Pascua.

R/. Amén.

V/. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo, † y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R/. Amén.

Selección de ERE.

LA IGLESIA EN EL MUNDO

PAULO VI ACEPTA MAS RENUNCIAS

CIUDAD DEL VATICANO.—El Santo Padre ha aceptado, de acuerdo a su recomendación de retiro a determinada edad, las dimisiones del Cardenal Eugene Tisserant, decano del Sacro Colegio, a sus dos sedes de Ostia y Porto y Santa Rufina; del Cardenal Giuseppe Pizzardo, a la de Albano, y del Cardenal Beneditto Aloisi Masella, a la de Palestrina. Los tres prelados mantienen sin embargo

su condición de miembros del Sacro Colegio y otras importantes funciones en la administración eclesiástica.

El Vaticano anunció, también, la aceptación de otra renuncia. La presentada por monseñor Moisés Alvez de Pinho, de 83 años, al cargo de arzobispo de Luanda, en la Angola portuguesa, que fue designado arzobispo titular de Perdicés.

170 MIL SACERDOTES MAS EN 10 AÑOS

LIMA.—América Latina necesitará de 170 mil sacerdotes más dentro de los próximos diez años, según reveló el Arzobispo de México, Dr. Miguel Darío Miranda, a su llegada a esta ciudad.

Mons. Miranda, en su calidad de Presidente del Departamento de Vocaciones Sacerdotales del CELAM, estuvo aquí para presidir el Primer Congreso Latinoamericano de Vocaciones, organizado por el CELAM y

el Club Serra. Dijo el prelado mexicano que el problema más grave que afronta la Iglesia de Latinoamérica es el de la escasez de sacerdotes; el CELAM y el Club Serra, conscien-

tes de ello buscan afanosamente la solución a él. La respuesta entusiasta que tuvo la Convocatoria al Congreso fue "una prueba más de la conciencia que se tiene de este problema".

NO TARDARA LA UNIDAD VERDADERA

ATENAS.—"La unidad teórica existe, pero la unidad verdadera no tardará en llegar", dijo el Patriarca Ecuménico Atenágoras I, en una entrevista concedida a un enviado especial del diario de Atenas "Acropolis". Refiriéndose a los esfuerzos que realizan todas las iglesias cristianas para alcanzar la unidad, el Patriarca agregó: "Yo tengo un plan en que he trabajado desde hace muchos años y

que está fundado en la comprensión y en el mutuo amor. Este plan está listo aun en sus menores detalles pero no ha llegado el momento de darlo a conocer. Amistad, curación de la terrible enfermedad del odio, para que se derrumben las murallas entre las que cada iglesia está encerrada, y encuentro en el camino de Cristo que ilumina el espíritu y alienta los corazones. Tales son los fines de la Unidad". Concluyó el Patriarca.

SE DEBEN COMBATIR LAS CAUSAS

BUENOS AIRES.—La Iglesia Metodista Argentina se ha dirigido en carta al Presidente Juan Carlos Onganía, señalándole que no basta combatir al comunismo, sino a las causas que lo engendran: la miseria, el hambre, la injusta distribución de la riqueza, y el atraso en todas sus formas. La carta fue redactada por el obispo Santo U. Barbieri, jefe de los metodistas de Argentina, Bolivia y Uruguay y expresa también la "hon-da preocupación ante algunos aspec-

tos de la conducción gubernamental", sobre todo en materia universitaria. Esta es la primera vez, desde 1955 en que el catolicismo se enfrentó a Perón, que un grupo religioso expresa su disconformidad con el Poder Ejecutivo. La carta surgió de una decisión del cenáculo y no de la última deliberación de la Conferencia Anual Metodista que reúne a representantes de las cien congregaciones diseminadas por toda la Argentina.

HAY CAMBIOS EN LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

MEXICO, D. F.—El jocista está convencido de que en el mundo de nuestros días se opera un cambio en las estructuras sociales y trata de ser fermento de la nueva sociedad en formación. Fueron palabras de Jorge Bernal, presidente de la Juventud Obrera Católica (JOC) de Colombia.

Precisó que por ello rechaza al capitalismo, porque no ha dado una respuesta a sus necesidades, y al co-

munismo, porque no ha respondido a los anhelos de libertad y respeto a la dignidad de la persona humana. Y agregó que si en Colombia existe ahora una conciencia en el pueblo, se debe al comunismo, agregando que si no fuera por esa sacudida "en Colombia estaríamos en una época en que los trabajadores serían manejados por los sacerdotes". Bernal vino a México a participar en la reunión internacional de la JOC.

MAS CATOLICOS DE E. U. TRABAJAN EN L. AMERICA

NUEVA YORK.—El primero de enero de 1966 llegaba a 4,322 el número de religiosos y laicos de los Estados Unidos trabajando en Latinoamérica, lo cual indica un incremento del 45 por ciento sobre 1960. Informa la Oficina Latinoamericana de la National Catholic Welfare Conference (NCWC). Este total incluyó a 1670 sacerdotes, 210 de ellos del clero diocesano; 272 hermanos, 79 escolásticos, 1,896 hermanas y 405 vo-

luntarios laicos. El informe dice que "las extendidas manifestaciones de satisfacción de las autoridades de la Iglesia latinoamericana proporcionan prueba elocuente del buen trabajo de la gran mayoría de los Voluntarios Papales para América Latina (PAVLA)". Sin embargo, aclaró que es necesario se incremente este programa para aumentar la ayuda. Para financiarlo, se efectúa una colecta anual, que este 1966, produjo más de un millón trescientos mil dólares.

REUNION CATOLICO-ANGLICANA EN ITALIA

GAZZADA, Italia.—Del 9 al 13 de enero, se llevará a cabo la reunión

de cinco días del comité conjunto de anglicanos y católicos que laborará

en los arreglos preliminares hacia un diálogo formal entre las dos Iglesias.

Veintiún representantes abrirán la reunión con declaraciones "describiendo las circunstancias que hacen que el momento oportuno para el diálogo sea éste y estableciendo una prioridad de materias a ser tratadas", indica el anuncio oficial. Se espera que el comité procederá luego a es-

tablecer subcomités para tratar las materias específicas. Uno de ellos, de acuerdo al anuncio emitido por el Secretariado para la Promoción Cristiana del Vaticano, será el problema de los matrimonios mixtos.

La preparación de ese diálogo formal fue anunciada hace meses por el Arzobispo anglicano Michael Ramsey, después de entrevistar a Pablo VI.

¿CAMBIO SU DOMICILIO?

Entonces, por favor, indíquenos su nueva dirección y díganos cuál era la anterior.

CHRISTUS

Apartado 2181. México 1, D. F.

EL TROQUEL, S. A.

Casa Provedora de Artículos para Iglesia
Fundada en 1906

2a. Venezuela N° 50

Tel. 22-59-94

Apartado Postal 524

México 1, D. F.



Tenemos en existencia un buen surtido de Expedientes Parroquiales con redacción aprobada de la S. Mitra:

Blocs y talonarios de bautizo, certificados de matrimonio canónico y de confirmación, Libros encuadernados para actas de bautizo y matrimonio, informaciones matrimoniales, Hojas exhortos y suplicatorias, etc.

Inciensos importados y perfumados en cajas de 300 a 330 gramos de las marcas: Angelus, Lagrima, Excel-sis y Solemnis. Pajuelas de incienso perfumado a \$ 15.00 el ciento.

Espiritualidad

ESPIRITUALIDAD CRISTIANA.—Vol. 5 Serie II.—Vicente E. Tarancon.—272 págs.—Editorial Católica, S. A.—Madrid, España.—De venta en Librería San Ignacio.—Donceles 105-D.—México 1, D. F.—Ej.: \$ 21.00.

Quiso el autor tratar el tema de un modo más vital. Para esto consideró cuatro aspectos de él en sendos capítulos:

La teología descubre la raíz de la vida cristiana y su excelencia sobrehumana; la eclesiología descubre su trascendencia social y comunitaria, la ascética recuerda el esfuerzo personal que cada uno ha de poner de su parte, para adquirirla, mantenerla y per-

feccionarla; la consideración del sujeto que ha de vivirla precisa las características que ha de tener en el hombre concreto, y sus exigencias prácticas en todos los órdenes de su existencia.

No cabe duda que el enfoque es interesante, y proporciona un esquema que cada quien puede ir enriqueciendo.

A. Valenzuela Rodarte, S. J.

LA IMITACION DE CRISTO.—Según el Padre Chevrier.—P. Berthelon. 165 págs.—Desclée de Brouwer.—1966.—Bilbao, España.—De venta en Librería San Ignacio.—Donceles 105-D.—México 1, D. F.—Ej.: \$ 26.25.

No se trata de una nueva versión o comentario del Libro clásico de la Imitación de Cristo, ni de una moderna imitación de la Imitación como "camino".

El libro es una antología de los escritos espirituales del Venerable Antonio Chevrier, sacerdote diocesano, fundador de la Sociedad de los Sacerdotes del Prado. Discípulo del Santo

OBRAS DE TEILHARD DE CHARDIN:

LA APARICION DEL HOMBRE

El problema del origen del hombre, considerado desde el punto de vista paleontológico. El libro se mantiene en el terreno científico del fenómeno.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

LA VISION DEL PASADO.

Es imprescindible conocer el pasado del hombre si se quiere llegar a una mística del futuro.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

EL PORVENIR DEL HOMBRE

En esta obra, ocupa un lugar importantísimo el futuro del hombre. Según el autor no podemos quedarnos en la pura contemplación del mundo: hemos de empujar a la naturaleza hacia la construcción de lo venidero.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

EL GRUPO ZOOLOGICO HUMANO

El clásico problema del "Lugar del hombre en la naturaleza" planteado de modo diferente y original.

\$ 24.75 — Dls. 2.25

GENESIS DE UN PENSAMIENTO

Son las cartas que escribió Teilhard a su prima, Margarita Teilhard-Chambon (en literatura Claude Aragonés) durante la guerra de 1914-1918.

El jesuita enfoca el problema del destino humano como cristiano, como sacerdote, como científico y como hombre.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Apartado 2181

México 1, D. F.

Donceles 99-A

Cura de Ars, el P. Chevrier goza de merecida fama como sólido maestro de la vida espiritual. Y aunque su síntesis de la Imitación de Cristo en el pesebre, el Calvario y el Tabernáculo tiene un enfoque sacerdotal, pue-

de hacer mucho bien a religiosos o seglares. La inserción de cartas y fragmentos del Diario le dan bastante agilidad al libro, pero eso no quiere decir que deba leerse de prisa.

Víctor Pérez Valera, S. J.

YOGA CRISTIANO EN DIEZ LECCIONES.—J. M. Dechanet.—208 págs.—Desclée de Brouwer.—1966.—Bilbao, España.

J. M. Dechanet, religioso Benedictino hace en este libro una adaptación occidental y de espíritu cristiano de las disciplinas y métodos de uno de los numerosos Yogas de la India. Expone un Yoga práctico y sistematizado. Más asequible a toda clase de público, especialmente útil para el cristiano común que se encuentra sometido a las tensiones de la vida ultrarrápida de nuestro siglo XX.

Su finalidad es: ENSEÑAR una gimnasia tranquila de relajación muscular, acompañada de respiraciones rítmicas y profundas. Pretende crear el hábito de la concentración, aun sobre algunos mecanismos que de ordinario se encuentran fuera de

nuestro control. Por medio de variados y específicos ejercicios procura: Descanso, salud y bienestar psicofisiológico.

Cada una de las posturas-ejercicios está detalladamente explicada. Conocemos así mejor su "por qué y para qué".

Este libro abre el apetito de leer "El camino del silencio" (libro del mismo autor), en que se expone un Yoga para Sacerdotes y Religiosos... con un mensaje profundo de vida interior y de SILENCIO, entrega a Dios. Un Yoga ascético que prepara el cuerpo para la oración.

Arturo Lozano, S. J.

Filosofía

LA CIENCIA Y LO HUMANO.—Jean Laloup.—375 págs.—Herder.—Barcelona.—1964.—De venta en Librería San Ignacio.—Donceles 105-D.—México 1, D. F.—Ej.: \$ 40.50.

Larga más de un siglo la polémica entre humanidades y ciencias, entre

humanismo clásico y humanismo científico; necesita de análisis objetivos

OBRAS DE TEILHARD DE CHARDIN:

LA APARICION DEL HOMBRE

El problema del origen del hombre, considerado desde el punto de vista paleontológico. El libro se mantiene en el terreno científico del fenómeno.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

LA VISION DEL PASADO.

Es imprescindible conocer el pasado del hombre si se quiere llegar a una mística del futuro.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

EL PORVENIR DEL HOMBRE

En esta obra, ocupa un lugar importantísimo el futuro del hombre. Según el autor no podemos quedarnos en la pura contemplación del mundo: hemos de empujar a la naturaleza hacia la construcción de lo venidero.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

EL GRUPO ZOOLOGICO HUMANO

El clásico problema del "Lugar del hombre en la naturaleza" planteado de modo diferente y original.

\$ 24.75 — Dls. 2.25

GENESIS DE UN PENSAMIENTO

Son las cartas que escribió Teilhard a su prima, Margarita Teilhard-Chambon (en literatura Claude Aragonés) durante la guerra de 1914-1918.

El jesuita enfoca el problema del destino humano como cristiano, como sacerdote, como científico y como hombre.

\$ 49.50 — Dls. 4.45

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Apartado 2181 México 1, D. F. Donceles 99-A

Cura de Ars, el P. Chevrier goza de merecida fama como sólido maestro de la vida espiritual. Y aunque su síntesis de la Imitación de Cristo en el pesebre, el Calvario y el Tabernáculo tiene un enfoque sacerdotal, pue-

de hacer mucho bien a religiosos o seglares. La inserción de cartas y fragmentos del Diario le dan bastante agilidad al libro, pero eso no quiere decir que deba leerse de prisa.

Víctor Pérez Valera, S. J.

YOGA CRISTIANO EN DIEZ LECCIONES.—J. M. Dechanet.—208 págs.—Desclée de Brouwer.—1966.—Bilbao, España.

J. M. Dechanet, religioso Benedictino hace en este libro una adaptación occidental y de espíritu cristiano de las disciplinas y métodos de uno de los numerosos Yogas de la India. Expone un Yoga práctico y sistematizado. Más asequible a toda clase de público, especialmente útil para el cristiano común que se encuentra sometido a las tensiones de la vida ultrarrápida de nuestro siglo XX.

Su finalidad es: ENSEÑAR una gimnasia tranquila de relajación muscular, acompañada de respiraciones rítmicas y profundas. Pretende crear el hábito de la concentración, aun sobre algunos mecanismos que de ordinario se encuentran fuera de

nuestro control. Por medio de variados y específicos ejercicios procura: Descanso, salud y bienestar psicofisiológico.

Cada una de las posturas-ejercicios está detalladamente explicada. Conocemos así mejor su "por qué y para qué".

Este libro abre el apetito de leer "El camino del silencio" (libro del mismo autor), en que se expone un Yoga para Sacerdotes y Religiosos... con un mensaje profundo de vida interior y de SILENCIO, entrega a Dios. Un Yoga ascético que prepara el cuerpo para la oración.

Arturo Lozano, S. J.

Filosofía

LA CIENCIA Y LO HUMANO.—Jean Laloup.—375 págs.—Herder.—Barcelona.—1964.—De venta en Librería San Ignacio.—Donceles 105-D.—México 1, D. F.—Ej.: \$ 40.50.

Larga más de un siglo la polémica entre humanidades y ciencias, entre humanismo clásico y humanismo científico; necesita de análisis objetivos

y desapasionados acerca de qué es en realidad lo que pretende una y otra corriente prescindiendo de la polémica en el desarrollo de su obra. Laloup nos ofrece lo que pudiéramos llamar una filosofía de la ciencia y de la formación científica, a partir, primero, de una historia de la ciencia, y luego de una filosofía de la ciencia.

Abordada desde un punto de vista fenomenológico la ciencia —ciencia experimental y ciencia exacta en el sentido que operacionalmente es exacta la mecánica o la química por ejemplo—, se ve cómo nuestras ciencias actuales estaban en germen en el espíritu griego, y si el desesperar de la conciencia científica debe situarse hasta el Renacimiento, esto no es razón para menospreciar, a las ciencias, frente a otras facetas de expresión del espíritu humano que se desarrollaron más pronto, en concreto, lo que ha venido a llamarse humanidades: la filosofía y las letras.

Tan valiosas como expresiones del espíritu humano, las ciencias como lo fueron las letras, son sin embargo diversas: el distintivo de las ciencias en la acepción restringida que usa el autor, es la inducción completa; pero nadie pone ya en duda el valor poético de esta inducción, ni la menosprecia ante el saber deductivo; no sólo, el conocimiento inductivo conforma la mentalidad del hombre moderno y contemporáneo; de aquí el valor formativo de lo que el autor llama humanismo científico y que sería más claramente entendido como formación del hombre a través de las ciencias.

Pero las mismas ciencias reconocen

sus limitaciones: después de un exagerado optimismo reconocen ahora sus límites: no pueden entregar una explicación universal y coherente del mundo —habría que considerar que tampoco lo hacen las humanidades en su sentido restricto—; y esta humildad del verdadero científico es un valor más de la formación por las ciencias. El deseo del autor es que superadas las visiones miopes y unilaterales de tiempos pretéritos, humanidades y ciencias se reconcilien en la unidad de la **Ciencia** que es el privilegio y la gran responsabilidad del espíritu humano.

Se habla de la necesidad de atender a las que llama el autor nuevo tipo de ciencias o ciencias integrantes, desde luego la antropología social; y la aportación que la consideración de sus resultados puede ofrecer al planteamiento y solución de los problemas morales en un marco histórico.

Se reactualizan las cuestiones clásicas como el mal menor y la epiqueya, ahora a la luz de la prudencia como virtud moral que sabe contar con las leyes de la naturaleza y de la historia para insertar en sus valores concretos la interpretación positiva de la natural; el análisis del ejemplo de China con que ilustra esta parte es bien elocuente: ¿o no fue un error querer imponer a los chinos las determinaciones concretas que habían adquirido en una cultura diversa a la suya, y aun sus formas rituales?

Problemas semejantes surgen de conceptos que han dejado de ser operacionales en su sentido tradicional aun dentro de nuestra propia cultu-

ra: por ejemplo el concepto de autoridad cuya crisis en nuestros días analiza el autor, y la desintegración de una visión del mundo que acaso aún podemos llamar nuestra pero

que está a punto de dejar de serlo para dar paso a una nueva visión y a un nuevo mundo del que el cristiano no debe huir.

J. I. Palencia, S. J.

Pastoral

OBRAS PASTORALES DE MONSEÑOR IBARRA.—I.—395 págs.—
Editorial Jus.—México.

Mons. Márquez promete completar la presente obra, con un segundo volumen. En el volumen ya publicado nos presenta las Cartas Pastorales de Mons. Ibarra, como cuarto obispo de Chilapa, y las dadas como último obispo y primer Arzobispo de Puebla. La tercera parte contiene algunos sermones.

La importancia para conocer íntimamente a uno de nuestros grandes prelados que Mons. Márquez nos proporciona con la presente recopilación, es innegable. Aparece el hombre de Dios, con ideales muy elevados, pero conocedor del mundo en que vive, tiene los pies puestos en él. Mons. Ibarra fue pastor de almas; recibió gustosamente el rebaño que le fue confiado, se entregó totalmente a él. Aparece su amor por sus ovejas, desde su primera carta pastoral, escrita antes de llegar a su diócesis, en la ciudad de Puebla. Canorosamente habla a sus "ovejitas", pide el cuidado de los "corazoncitos"

de los niños. Es el hombre verdaderamente grande, que lejos de toda pedantería, es sumamente asequible a todos. No tiene miedo de mostrarse como realmente es.

Para el historiador que quiera hacerse una imagen auténtica de este insigne prelado, esta obra es indispensable. Lo mismo para el que quiera conocer la personalidad del hombre que tuvo que ver en movimientos humildes en sus principios, pero que están influyendo poderosamente en la espiritualidad que se vive actualmente en nuestra patria, como las Obras de la Cruz, este libro le es necesario.

Uno de los rasgos poderosos que aparecen a primera vista, es el conocimiento escriturístico de Monseñor. Conoce además la dinámica de las realidades cristianas, y la trata de aprovechar para la vida de sus diocesanos. Conoce nuestra historia, la estima, y aprovecha sus lecciones. Su

cultura es extraordinaria, aunque su dedicación pastoral le hizo adaptarla a las necesidades de sus ovejas.

Agradecemos a Mons. Márquez el trabajo que se toma dentro de sus ocupaciones como Arzobispo de la Angelópolis, por darnos la oportunidad de conocer a su antecesor. La

presente obra contribuirá a prolongar la gloriosa historia de la Iglesia en nuestra Patria, al enseñarnos que sigue habiendo hombres cristianos que viven las grandes realidades del cristianismo en nuestra época.

R. J. Himes Madero, S. J.

Vida Religiosa

DISCERNIMIENTO DE LAS VOCACIONES.—P. Raymond Hostie.—200 Págs.—
Desclée de Brouwer.—Bilbao.—De venta en Lib. San Ignacio.—Donceles 105-D.—
México 1, D. F.—Ej.: \$ 19.25.

Libro serio y útil, a pesar de lo breve, enderezado sobre todo para que discernan la vocación los que no son el presunto candidato al sacerdocio o a la vida religiosa.

Señala bien las responsabilidades y competencia respectiva a quienes intervienen; explica el modo de la operación y cómo se ha de poner en conocimiento de los interesados el re-

sultado del discernimiento. Estudia aun las dificultades que andando el tiempo surgen (ahora más que nunca), por razón de un discernimiento inicial defectuoso. El libro lo leerán con interés y con provecho aun aquellos que se hallan en posesión pacífica del don de Dios, pues se sentirán confirmados.

A. Valenzuela Rodarte, S. J.

DESCUENTO de 20 % en **T A P E T E S** AFELPADOS DE ALGODON DE DOS VISTAS

Patente N° 42600.

Mts. 1.80 x 2.50 \$ 252.00
Mts. 2.50 x 3.50 \$ 490.00
Mts. 3.00 x 4.00 \$ 672.00

Menos 20%

Pago anticipado

Fábrica de TAPETES "SAN JOSE"

OBREGON N° 28

Tel.: 2-03-34

CELAYA, GTO.

Liturgia Viva.

órgano oficial de la comisión de liturgia,
música y arte sacro de México. No. 8

PARALITURGIA

Introducción

La colección de 12 paraliturgias para la celebración de la Palabra de Dios, que comenzamos a publicar en "Christus" va dirigida en especial a los sacerdotes, párrocos y capellanes, a quienes llevan la dirección del culto en las comunidades religiosas y a los directores de asambleas de fieles.

Esta nueva colección se propone presentar al pastor esquemas y realizaciones prácticas para orientar los cultos de su centro y darles la variedad conveniente.

Vigilias para las fiestas, cultos vespertinos, lucernarios, procesiones, novenas, etc., forman parte de este repertorio.

Esta paraliturgia, es la orientadora de toda la colección. En ella se basan las demás y a ella remiten en muchos de sus aspectos.

Está dividida en dos secciones. La primera, teórica y más importante, da un rápido vistazo al esquema y características de la oración cristiana, tanto litúrgica como privada. Luego, en esta misma parte, se estudian en particular alguno de sus elementos: Lectura, canto, homilía, oración en común y del celebrante y algunos aspectos de las celebraciones.

La segunda, más práctica, viene a ser un directorio o guía pormenorizada de la realización concreta de las "Celebraciones de la Palabra de Dios".

Sus observaciones generales orientan acerca de la preparación de la Celebración y del modo de conseguir el ambiente religioso en que debe desarrollarse. Las directrices que se refieren a las personas se encierran en un nuevo epígrafe; el tercero recoge las referentes a las acciones.

Con esto no se pretende dar una dirección que necesariamente haya de seguirse; deseamos, con todo ofrecer las normas más seguras y más en consonancia con el carácter de la verdadera oración.

Conseguir que ésta quede al alcance de todos los fieles cristianos es el único motivo que da vida a esta iniciativa.

I.—Estructura de la oración cristiana

La Oración

No siempre se la ha definido de modo perfecto. Más de una vez se olvida alguna de sus facetas. Podemos definirla como “**aplicación del alma a Dios**”.

Aplicación en lo que tiene de acercamiento y búsqueda insistente. Acercamiento motivado por la contemplación de las maravillas realizadas por Dios en la Historia de la Salvación. Termina en acciones de gracias por su misericordia y en adoración rendida ante la grandeza de las perfecciones divinas descubiertas en esas maravillas. **Búsqueda**, siempre dirigida hacia la Gloria de Dios. Ver resplandecer esa Gloria en todos y por todas partes es el deseo que anima nuestra oración de petición. Que Dios se siga manifestando mi-

sericordioso. Que nuestras necesidades se satisfagan en la medida que ello redunde en su Gloria.

Alabanza, adoración, petición: he aquí las coordenadas de la oración cristiana.

Por eso, la oración resume y sacia nuestro deseo más hondo de ir a Dios y saber de El. En la oración se expresa y realiza del modo más fundamental la fe y el contacto personal con Dios. De ahí que sea el nudo que maravillosamente aúna la intervención de Dios y del hombre en la tarea de conseguir la santidad, meta de la vida cristiana.

Si orar es expresar nuestra fe, es esta misma fe el **criterio** según el cual podemos decidir sobre la verdad y perfección de nuestra oración. La Revelación, al mismo tiempo que nos invita a orar, nos enseña la forma y el contenido.

Cristo Mediador.

La palabra evangélica “Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá” no expresa, en boca de Cristo, un camino entre varios legítimos de oración. Declara, más bien, lo que es común a toda la economía del Nuevo Testamento.

La médula del cristianismo no radica en la verdad y rigor de su doctrina sobre Dios y las cosas santas. Tampoco en la pureza de su moral. La entraña cristiana hemos de buscarla en una **Persona**. Podemos decir que el cristianismo es el mismo Cristo; cuanto a través de El, desde Dios, llega al hombre; la relación filial que, por El, debe mantener el hombre con Dios.

Sólo conocemos al Dios revelado **en Cristo y por Cristo**. Nuestra esperanza está en que realicemos total y plenamente su obra redentora en nosotros y en la Iglesia toda. No vivimos otra caridad que la de quien “nos amó y se entregó por nosotros” para que alcanzáramos el amor.

En esta perspectiva resalta lo contradictorio de la pregunta: ¿Podríamos orar a Dios prescindiendo de Cristo? Sería prescindir de todo. En el orden natural no podemos vivir desprendidos de Dios. Más aún; no somos libres de volver a la nada de donde salimos. Nuestra dependencia de El es anterior a nuestra elección; la permanencia en la misma no de-

pende de nuestro querer. Del mismo modo, en el orden sobrenatural, en cuanto criaturas nuevas, hemos sido redimidos por Cristo antes de creer en su Persona. Se nos ha dado con la vida la capacidad de llegar a ser hijos de Dios y establecer con El trato filial. Este don lo perdimos en Adán y lo hemos recuperado en Cristo.

Nuestra oración sólo se realiza, pues, **por Cristo**, a través de El. Pero Jesús no actuará plenamente su mediación ante el Padre, si nuestra oración al mismo tiempo no es oración en Cristo. No basta que nos represente desde lejos, que se quede en mero intermediario. Debe ser El mismo quien nos posea interiormente y de esa posesión brote la plegaria. En una palabra, **no hay que orar sino lo que Cristo ora**. Con ello no quedan lastimados nuestros intereses ni nos perdemos en una elevación inhumana del sentimiento religioso. Basta abrir el evangelio para darnos cuenta de ello: “... Será el espíritu quien ponga en vuestra boca lo que habréis de decir”.

en la Iglesia

En el nuevo nacer del género humano por la Sangre de Cristo surgió la Iglesia: comunidad de los que se han incorporado a la vida de Cristo por el bautismo y la fe en su nombre. Nada de cuanto se haga fuera de esta comunidad podrá decirse perfectamente cristiano.

En la particular economía de Salvación por la que hoy se rigen los destinos eternos del hombre, **orar en Cristo es orar en la Iglesia y es orar de la Iglesia** por cada uno de sus miembros.

Al mencionar a la Iglesia no hemos introducido nada distinto de lo contenido en el epigrafe anterior sobre Cristo. Esto nos resultaría muy claro si comprendiéramos el Misterio del **Cuerpo Místico** del cual es simple aplicación. Esta realidad teológica de un vínculo interno entre los cristianos por el cual forman Iglesia, nos habla de la necesidad de la **oración comunitaria** con carácter público.

No basta el deseo de cualquier cristiano, para responder a la llamada que Dios dirige a cada uno como miembro de su Pueblo o Iglesia. Así lo ha querido El. El "venid a mí todos", debe llevarse a cabo individualmente y todos juntos. No es complicar nuestra oración. Muchas veces hemos orado como Dios quiere que oremos, pero sin saber por qué. Aquí tratamos sólo de entrever cómo ha de ser nuestra oración para que sea aceptada a Dios. Así nos será también más fácil orar.

Esta concepción impone un modo de ser propio a la oración cristiana, tanto en la vertiente privada como en la pública. En la **primera**, porque la economía indicada define su verdadera naturaleza: la oración privada que prescinda en todo o en parte de la fe, y precisamente en cuanto pres-

cinde de ella, deja de ser auténtica oración. Sólo la ignorancia puede salvarla. En la **oración pública** porque la economía, a que nos venimos refiriendo, determina incluso una "forma externa". Forma impuesta por Dios, adecuada al Misterio Cristiano que se contempla, y que se realiza para todos los hombres en Cristo, Dios y Hombre. Dios es quien primariamente nos impone la forma y su carácter comunitario. Acudir al ser social del hombre es secundario, por más que Dios lo ha tenido manifestamente en cuenta.

criterio fundamental

Nuestra oración debe ser, pues, **teocéntrica y cristocéntrica**. La urgencia de nuestras necesidades personales debe ser proyectada sobre la búsqueda primordial de la Gloria de Dios: el triunfo de su Reino en las personas y en las mismas colectividades y estructuras sociales. En este clima amoroso centrado en el otro, adquirimos conciencia de nuestra limitación y de la necesidad de implorar con humildad cristiana. Así lo entendió Cristo en la oración modelo: "El Padre nuestro". Orar no es primordialmente pedir. Es contemplar: "Padre nuestro que estás en los cielos". Esa **contemplación** es la única que posibilita el diálogo. El quedarse "admirado" en la presencia de Dios es condición y realidad a la vez de la verdadera oración. La petición encuentra así su espíritu.

Cuando nos referimos más en particular a la oración pública, todas esas relaciones y actitudes deben actuarse en el marco de su **formulario ritual**. No debe considerarse esa canalización de la oración común por los ritos como algo arbitrario, falto de espontaneidad. Se nos impone, ciertamente, un marco establecido antes de decidarnos a orar. Pero ello no va contra la intensa aplicación del alma a Dios. El **rito**, en virtud de la Iglesia orante, hace la oración más eficaz. Pero la aplicación personal ha de estar vivificando la oración común, si no quiere quedarse ésta en pura ceremonia, sin contenido espiritual.

Por otra parte, conviene no echar en olvido que la Iglesia ha volcado tradicionalmente en los formularios de la oración pública su enseñanza acerca de la oración.

¡Cómo se perfeccionaría nuestra plegaria, si "supiéramos leer" en los gestos litúrgicos y descubrir a través de las palabras rituales el Misterio creído por la Iglesia!

criterio histórico

Visto el planteamiento, la Tradición nos va a decir ahora cuál es la forma de oración común que la Iglesia, bajo la iluminación del Espíritu Santo, juzga más conveniente.

Los primeros modelos los encontramos en el culto de las sinagogas israelitas. Todo él estribaba en torno a la **Palabra de Dios**: las maravillas obradas por Dios con el Pueblo de Israel.

Hoy el Pueblo cristiano se reúne en torno a la Palabra viviente, Cristo, presente personalmente en la comunidad orante:

"Donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". San Justino nos cuenta cómo: "El día que se llama del Sol, —el domingo— todos los que habitan las ciudades o los campos se reúnen en un mismo lugar. Se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, según el tiempo disponible; después cuando concluye el que hace la lectura, el presidente toma la palabra para edificar a los asistentes y exhortarles a la imitación de tan bellas lecciones. Enseguida nos levantamos todos y elevamos oraciones a Dios".

En primer lugar, vemos girar la oración en torno a la Biblia. Este es el centro, el punto de arranque, la llamada, el fundamento de toda actividad personal posterior.

Dios mismo, con su Palabra llena de misericordia y rectos juicios, nos afirmó que todo tiempo es bueno para orar. Nos invitó a orar siempre. Orar no es impertinencia.

Con todo, conviene disponer el espíritu antes de orar; de ahí el **rito de entrada**: presentación de la ceremonia, purificación de los espíritus y toma de contacto de la comunidad orante.

Así dispuesto el espíritu, el hombre no comienza orar sin escuchar primero cuáles son los términos de esta **Palabra que nos reúne en Iglesia**. La llamada de Dios a la oración se dirige ciertamente al interior del hombre; pero el texto sagrado oído en la voz oficial y segura donde se encuentra siempre la llamada divina.

Finalmente, la **reunión** de todas las oraciones individuales en **Cristo**, que es **Mediador** entre Dios y los hombres. El sacerdote, su representante, hará que la oración no se eleve a Dios por los méritos del hombre, sino por las manos del único Mediador, que es Jesucristo.

La naturaleza humana viene a matizar esta estructura, añadiendo un nuevo elemento de forma: el **canto**. En el canto alcanza el hombre las cumbres del sentimiento alegre, del reconocimiento, alabanza, adoración a Dios. La mayor prueba de este hecho es la misma experiencia de todos los pueblos en todos los tiempos. El canto es una forma de la palabra humana que sacrifica el acento lógico y racional en aras de la efectividad, el lirismo, la donación de sí mismo.

Resumimos todo lo dicho con el texto de Jungmann:

"Este plan no es arbitrario y fortuito, sino que responde a la naturaleza profunda de la economía cristiana de la Salvación. La Salvación viene de Dios, de quien recibimos la Revelación leyendo su Palabra. Esta Palabra desciende a los corazones y suscita dentro de ellos el eco del canto. Las oraciones de la asamblea de los fieles son recogidas oficialmente y presentadas por el sacerdote ante Dios. Esta estructura del culto eclesial define verdaderamente la vida de la Iglesia; de ahí que veamos en la liturgia una manifestación intemporal e imperecedera del cristianismo".

Estudio de algunos elementos en particular. Las lecturas y el modo de escogerlas

Veamos ante todo el espíritu que debe orientar la selección y luego veremos el modo de llevarla a cabo.

Toda la Sagrada Escritura no es sino la manifestación progresiva de la "voluntad, por mucho tiempo escondida en Dios, de salvar a los hombres por medio de Jesucristo, recapitulando en El todas las cosas" (S. Pablo).

Nuestra Salvación ha sido posible porque Dios ha intervenido de muchas maneras en nuestra Historia: por acciones —acontecimientos— y

palabras. Ambos, hechos y profecías, nos revelan lo que Dios quiere del hombre y cómo lo quiere.

En el **centro** de toda esa Historia de Salvación está **Cristo**. Todo el Antiguo Testamento se dirige ansiosamente hacia El, con sus acontecimientos y sus profecías. El Nuevo Testamento también se dirige a Cristo como hacia una realidad por la que vivimos y una promesa de nuestra futura Gloria.

Cada vez que oramos tratamos de entrar de alguna manera en este Misterio.

Por eso, al seleccionar las lecturas para la oración en común, procúrese que queden patentes las distintas etapas de la Salvación. Es obvio leer primeramente los libros **históricos** de la Biblia; escogerlos en función del tema de oración del día. Estas lecturas serán seguidas de los **Profetas**, que son como el nudo entre los hechos divinos del pasado y la intervención de Dios en nuestro tiempo. También hoy debemos esperar, como piden los Profetas, la venida del Salvador, la perfecta implantación de su Reino en el mundo y en los corazones de los hombres. Son los Profetas, precisamente, quienes nos dicen que Dios hará en la "Iglesia de hoy" lo que en otro tiempo hizo con el pueblo de los Patriarcas, con aquel a quien se dirigió por vez primera la Buena Nueva, o con la Iglesia de los primeros tiempos del Cristianismo.

Cierra el ciclo el **Nuevo Testamento**.

A pesar de lo dicho, y dentro del mismo espíritu, pueden elegirse las lecturas de esta otra manera: Epístolas de San Pablo. Apocalipsis de San Juan y Evangelio. Si ni aún de esto hay tiempo, basta tomar una lectura, dejando al sacerdote o al presidente de la asamblea que en su homilía ponga de relieve las grandes líneas de la Historia de la Salvación. En la segunda parte se indicará, más en concreto, el modo de proceder en las "Celebraciones de la Palabra". Pero, en cualquier caso, la asimilación de las sencillas ideas que acabamos de exponer será fuente abundante de iniciativas para todo el que tenga a su cuidado una comunidad de fieles.

Los comentarios de la **homilía** a las lecturas deben, en consecuencia, insistir continuamente sobre la trama que une la historia, profecía, Evangelio y nuestro hoy. Es preciso que los cristianos capten no solamente lo teológico de la Palabra de Dios, sino también el carácter religioso de nuestra **vida diaria**. Las continuas gracias de Dios que todos recibimos, sus innumerables beneficios, la permanencia, incluso sacramental, de su presencia en el mundo, permiten que nuestra vida sea, como la del Pueblo de Israel, una Historia Sagrada.

normas pedagógicas

Conviene no prodigar en exceso ciertas alegorías y textos simbólicos.

Algunos exigen actividad mental más adulta. Sin embargo, el descartarlas sería un extremo. No es necesario tampoco percibir todos los aspectos de los pasajes. Las moniciones, cantos... pueden explicarlos satisfactoriamente. La homilía, sobre todo, es punto clave para su comprensión. De esta forma, a la oración se une la catequesis y la iniciación Sacramental.

el canto

Nunca se alabará bastante el esfuerzo por componer cantos sobre temas, figuras y acentos tomados de la Biblia o inspirados en ella, como lo recomienda la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, No. 36, 2.

Desde el punto de vista psicológico, nadie duda de la eficacia del canto, por su propia naturaleza, para la interiorización de los sentimientos, aparte de las ideas vertidas en las palabras que se pronuncian.

El canto manifiesta la fe y la alegría reconocida de la comunidad por la Palabra recibida de Dios. Esta ha producido eco en los corazones y suscitado en ellos el aliento con fiado y gozoso.

Como indicación general práctica, diremos que es preferible un elenco

de pocos cantos bien sabidos, de hondo sentido teológico y sencilla, pero inspirada melodía, a un gran repertorio mediocre. Importa mucho poseer bien la melodía. De lo contrario, saldría perjudicado el carácter sagrado de la oración común.

Toda equivocación es muy de lamentar. Por otra parte, si los cantos son tan artísticos y difíciles que precisen atención excesivamente sostenida para su ejecución, impiden que sean interiorizados por los cantores. **El canto es la palabra que debe estar al servicio de la oración en común.**

la homilía

La palabra del sacerdote siempre ha tenido importancia en los cultos de los cristianos. Es el signo de la Iglesia visiblemente **organizada** y el depositario de los poderes de lo alto. Su palabra, su homilía, debe tener algo del fuego santificador que el Espíritu Santo derramó sobre los apóstoles, para hacer efectiva su función de medianero ante Dios. El espíritu del sacerdote debe penetrar, cuanto esté a su alcance, en el Misterio de Dios, para que Dios se deje oír todo lo posible por su boca. Todas sus intervenciones deben descubrir aspectos nuevos del Misterio cristiano.

La importancia general que hemos dado a la homilía parece, si se quiere

un poco teórica, como deducida de lo que es el sacerdote. Pero la predicación, que sigue a las lecturas, es de suma importancia, sobre todo en acciones litúrgicas para niños o para un auditorio en general poco formado. Estos necesitan la adaptación de la palabra leída a su espíritu y modo de pensar. La adaptación no es, en modo alguno, empobrecimiento del contenido de la lectura, ni se logra tampoco por la simple lectura del texto más o menos retocado. Esto puede ser útil, pero no es suficiente. Necesitan adaptación las ideas, no solamente las palabras.

Para los ya formados, puede tener la homilía, más que el sentido catequístico a que nos hemos referido, el de meditación pública de la Palabra de Dios, recomendable en toda asamblea de oración comunitaria.

Debe ser concisa, pronunciada con unción, de guión claro. El tema, evidentemente, debe basarse en lo leído en los textos sagrados, y evitarse tanto el erudicismo, como la vulgaridad.

oración en común y oración del celebrante

En la liturgia, es la Iglesia quien ora, no sólo el sacerdote que la preside. El sacerdote es representante de la Iglesia. El delegado que toma a su cargo el servicio de presentar la oración de la Iglesia universal, de

quien la asamblea es imagen y realización concreta. Habría que convencerse seriamente de que, en suma, según el criterio tradicional cristiano, es la Iglesia quien celebra el Misterio de Cristo y el celebrante es y ha sido siempre el **intermediario** entre la Iglesia y cada fiel en particular.

En consecuencia, la asamblea debe elevar una plegaria personal antes que el sacerdote "puede de hecho" reunir en un solo ramillete los anhelos de todos.

La vinculación de la asamblea al celebrante, como decimos, es idea que la tradición cristiana de los primeros siglos ha puesto muy de manifiesto.

San Clemente, en su carta a la Iglesia de Corinto, subraya el hecho de que en el culto se debe guardar cierta jerarquía de orden.

"A los sacerdotes de mayor dignidad (obispos) les han sido conferidas funciones particulares; a los sacerdotes se les asigna un lugar especial; a los levitas se destinan servicios especiales; el laico está ligado por sus misiones correspondientes. Que cada uno de nosotros, hermanos míos, haga eucaristía a Dios desde su propio rango, sin transgredir la regla fijada por su misión".

San Ignacio subraya la necesidad de estar unidos a los obispos y sacerdotes que nos presiden en nuestra celebración eucarística o simple.

mente litúrgica para que nuestra oración sea oración de la única Iglesia:

"Del mismo modo que Nuestro Señor no hizo nada sin su Padre con el cual forma una misma cosa, vosotros tampoco hagáis nada sin el obispo o los presbíteros. Cuidad de no celebrar más que una misma eucaristía porque no hay más que una sola carne de Jesucristo, y un solo Cáliz para unirnos en su sangre, en un solo altar..."

Reviste sumo interés que se haga comprender, sobre todo a los niños y en la medida de lo posible, el sentido profundo de la oración sacerdotal o "colecta", que reúne todas las aspiraciones individuales.

Antes que pretender darles todo el alcance y significación de cada oración colecta en particular, parece preferible realizar un esfuerzo de catequesis destinado a que comprendan las riquezas contenidas en el **principio y conclusión** de esas oraciones:

Principio: La oración cristiana que comienza por el plural "Oremos" se dirige a Dios Padre. Percatarse, pues, de su sentido colectivo y de la presencia y actuación de Dios en el "hic et nunc" de la oración litúrgica.

La conclusión: "Por Nuestro Señor Jesucristo tu Hijo..." que resume las riquezas de la meditación y sacerdocio de Cristo.

De esta manera, aunque los niños no sepan precisar la variada significación de las colectas, podrán ser iniciados en el sentido profundo, teológico y eclesial, de las oraciones católicas. Es lo fundamental. Estas oraciones, recitadas u oídas recitar por adultos, constituirán, para ellos, toda una catequesis, rica en fuerza de conversión.

Las celebraciones de la Palabra oportunidad y naturaleza de las mismas

Lo dicho hasta el momento se aplica de modo general a la oración litúrgica propiamente dicha y a cualquier otra oración que, inspirada en ella, quiere hacerse en común. Se aplica en especial a las celebraciones de la Palabra de Dios.

El movimiento, que hoy rejuvenece a la Iglesia, no es propaganda de una "teoría", ni tampoco de una fórmula práctica. Pretende la renovación real y auténtica del hombre cristiano. Debe alcanzar a todas las esferas y actividades de tipo cultural, de forma más o menos mediata, según su parentesco con el culto litúrgico. Lo pretende procurando que todo quehacer piadoso quede orientado de una u otra forma al Misterio de Cristo; Misterio que según San Pablo es "Sacrificial y Redentor" (Eucarístico).

Por lo mismo, es frecuente —y de-

seable— que grupos de jóvenes o adultos, incluso parroquias enteras, deseen empezar, mediar y terminar con una oración comunitaria la jornada de labor, de retiro o esparcimiento, de un congreso o de una sesión de estudio, de un círculo de Acción Católica o de un acampamento en vacaciones, de un día de clase o de una fiesta. Buscan entonces cómo hacerlo en estilo simple, acomodado a sus medios inmediatos de expresión religiosa, pero impregnados de la Biblia y de la liturgia de la Iglesia.

Este modo de concebirlas da mucha amplitud al término celebraciones de la Palabra, por más que siempre aparezca como ley su inspiración en la oración litúrgica y su contenido bíblico. Se habla así de Vigilias Bíblico-litúrgicas, Viacrucis bíblicos, Rosarios ambientados, Horas santas, Novenas, Mes de mayo. En todos estos actos religiosos, por fuerza se ha de conceder algún margen a la iniciativa prudente para facilitar el acceso de la persona al culto comunitario. De todas estas realizaciones aparecerán modelos en la colección que iniciamos.

La variedad de realizaciones dentro de lo que hemos llamado celebraciones de la Palabra revela en ellas una nota de adaptación al "aquí y ahora", de cuya condición brotan como iniciativas. Algunas de ellas, sólo por esta característica, ya están selladas de caducidad temporal, lo que no les quita actualidad. Hoy son todavía formas nuevas de la piedad o empiezan a serlo.

Dos notas, después de lo dicho, nos definen la naturaleza de las "Celebraciones de la Palabra de Dios": su **instrumentalidad** para la mejor participación en el culto público, y el ser **formas nuevas** de la piedad cristiana (venero fecundo de formularios litúrgicos a lo largo de la historia de la Iglesia). Notemos una alusión a la Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II, No. 13 y 35, 4.

Como **instrumentos**, no suprimen la catequesis litúrgica, ya que en ellas también interviene el rito, actitudes, símbolos... Si no penetramos en éstos, quedamos fuera del espíritu de estas reuniones.

Como **formas nuevas** de piedad cristiana, requieren adaptación afán prudente y criterio para introducirlas en las comunidades. No abusar de ellas y, sobre todo, quitarles toda ilusión de valor sustantivo o de algo imprescindible dentro del culto cristiano.

esquema general

A) RITO DE ENTRADA

Para crear el ambiente propicio: Canto, o bien antifonado.

Saludo o Bendición del celebrante a la Asamblea.

B) PALABRA DE DIOS (Lectura y homilía)

Procesión con el Sagrado Libro desde el altar al ambón.

Tres lecturas normalmente: histórica, profética, evangélica. Pueden ir separadas por momentos breves de interiorización y cantos o salmos antifonados de meditación.

Canto de Meditación: Pretende suprimir cualquier actitud puramente intelectual frente a las lecturas y, al mismo tiempo, estrechar los vínculos entre los miembros de la comunidad orante.

Homilía.

C) RESPUESTA A PALABRA DE DIOS: Oración de los fieles.

Unos minutos de oración privada.

Oración litánica por las intenciones de la Iglesia universal. A cada peti-

ción del presidente o de los solistas responde la asamblea con una aclamación.

El Padrenuestro tiene especial primacía en esta parte.

Oración del celebrante.

D) RITO DE DESPEDIDA (Fin de la celebración)

Con un canto apropiado

O por unos momentos de recogimiento libremente prolongados.

N. B. Las actitudes que debe tomar la asamblea en las diferentes partes de la celebración, se indicarán en su lugar correspondiente de cada celebración de la Palabra de Dios.

A lo largo de estas líneas hemos expuesto, someramente, a modo de puntos de meditación, las líneas maestras y los principios fundamentales de la oración en general. Luego, desde el punto de vista doctrinal e histórico, aparecen los elementos tradicionalmente esenciales en la oración común. Estudiamos brevemente la naturaleza de cada uno, para deducir las consecuencias prácticas más inmediatas. Terminamos analizando un

instrumento entre varios, de oración comunitaria: las celebraciones de la Palabra de Dios.

En la segunda parte de este trabajo daremos indicaciones pedagógicas que faciliten la realización concreta de esos cultos.

II.—Normas pastorales

Observaciones generales

1. En el desarrollo de todo movimiento litúrgico reviste gran importancia, no sólo el número y calidad de las celebraciones, sino, sobre todo, el **progreso** de los fieles en el **conocimiento** del valor religioso de las formas del culto cristiano, ya públicas, ya privadas. De ahí que sea imprescindible una catequesis previa de iniciación para los fieles, sin olvidar, por otra parte, que la misma celebración es ya excelente catequesis.

Por ello, es necesario que toda celebración práctica vaya precedida de la preparación doctrinal conveniente que ambiente, a la vez psicológicamente. En las páginas anteriores señalamos el cauce por donde debe discurrir la preparación doctrinal de los fieles. Las hojas que siguen se de-

dican a la preparación del ambiente y a la realización práctica.

2. La paraliturgia que ponemos en sus manos no es ningún esquema rígido que coarte la libertad de iniciativa; constituye solamente cierta ayuda útil, de carácter práctico. Por consiguiente, puede realizar el acto conforme lo indica, o, si la circunstancia concreta lo requiere, cambiar cánticos, lecturas o moniciones.

Para facilitar este trabajo, algunas de nuestras paraliturgias llevan varias lecturas a elección. La monición que las precede se refiere a la primera de ellas; la composición de una nueva monición hágase dentro de la mayor concisión y claridad.

3. Antes de la celebración adoctrínese al pueblo acerca de la **naturaleza** del acto y su **esquema doctrinal** con el fin de que atienda con mayor facilidad.
4. No se deje nada a la **improvisación**. Difícilmente podrá resultar bien cualquier celebración sin la previsión de todo, hasta en sus mínimos pormenores.
5. Búsquese **cierta variedad** aun dentro del mismo tipo de celebraciones. Aparte del consiguiente enriquecimiento, se eliminará así el cansancio de la rutina.
6. Importa mucho **crear un clima de oración**, ya que toda la celebra-

ción no es otra cosa. Contribuirá a ello eficazmente la calma y serenidad con que se desarrolle. No se ha de empezar una acción hasta que todo esté dispuesto: dejando breve espacio entre dos acciones, esperando a que todos estén en la postura requerida y haya cesado el ruido... Evítense los movimientos bruscos y desordenados o los cambios excesivos de postura.

7. En las celebraciones especialmente dedicadas a niños, de atención inconstante, se requiere más **movilidad** que con las personas mayores. También han de ser **más breves** que las ordinarias, por igual motivo.

8. Para **mejorar** en lo posible estos actos, conviene tomar nota de los resultados: aspectos negativos y positivos, defectos corregibles y nuevas mejoras. Pueden colaborar en esta tarea, incluso, los fieles de mejor criterio.

9. **Acondiciónese** el local del modo más atrayente, con un mínimo de comodidades acústicas, de asiento y visibilidad. Si fuera preciso móntese un grupo de altavoces.

10. El altar, lugar sagrado por excelencia, es símbolo de Cristo, piedra angular de la Iglesia. Adórnese **sobriamente**, desterrando todo lo artificial (velas eléctricas, flores de plástico, etc.) Su **ornamentación** más propia, son los manteles, el crucifijo y candeleros a ambos lados. En días fes-

tivos pueden añadirse unos vasos con flores.

También puede vestirse el altar en la ceremonia del rito de entrada.

11. Si en el presbiterio no hubiere ambón, téngase dispuesto el **atril** para las lecturas. Atril y ambón pueden cubrirse con un paño en ciertas solemnidades.

las personas

el celebrante

Es el **presidente** de la asamblea. Normalmente será un sacerdote o religioso. Si laico, cuando lo exija la falta de clero, de sana reputación. Los gestos del celebrante revisten particular importancia; debe esforzarse por realizarlos bien. Hable con **voz clara**, dando vida al diálogo de la asamblea. Dirija el saludo al pueblo al comienzo de la celebración (la paraliturgia número 2 que publicaremos el mes próximo, facilita la elección de **saludos bíblicos**). El **amén** con que se contesta el saludo, cantado o rezado, es una explosión del gozo común. (Otras respuestas: "Gloria a Cristo", "Y con tu espíritu", etc., según el final del saludo).

El lugar del celebrante es el presbiterio. En la oración litánica y en la colecta se colocará frente al altar. En los demás casos ocupará el sitio.

Si el celebrante fuere ajeno a la preparación, **se le advertirá** de todo lo relativo al acto, para conseguir su aportación y adaptación más perfectas.

el monitor

A falta de persona idónea ejercerá este oficio el mismo celebrante; con todo, es preferible que sea otra persona, clérigo o laico.

De pie en el presbiterio, de cara al pueblo, ha de actuar con suma discreción, ya que no es más que el **orientador** de la asamblea. Por tanto, no debe acaparar la atención; hable concisamente, con claridad y oportunidad, para no interrumpir el acto. Debe llevar **todo previsto**. Preparar a los fieles, anticiparles las contestaciones, ensayar los movimientos y cantos. Debe estar **atento** a cualquier incidente y prevenir a la asamblea.

los ministros

Pueden ejercer estas funciones los mismos lectores. Si se trata de **niños**, enséñeseles a evolucionar con **dignidad**. No deben pasar de los estrictamente necesarios. Alguna vez pueden entrar en el templo y acompañar la lectura de la Biblia con **velas encendidas**. Es de buen efecto prescindir en alguna ocasión del atril y leer la Sagrada Escritura apoyándola sobre la cabeza y manos de un ministro.

la asamblea

Queda señalada la necesidad de su preparación. A ello contribuye la **Nota Pastoral** que encabeza cada una de las paraliturgias. Sus apartados: **Contenido, Objeto, Utilización**, son útiles ayudas para dar pronto con el esquema doctrinal y con el ambiente psicológico que conviene crear. Que los fieles se percaten que son **miembros activos**, no meros espectadores. El objeto principal de nuestros esfuerzos ha de ser lograr de la asamblea una **comunidad de oración**. Esto se conseguirá cuando tome conciencia de que, en el templo, tiene una función propia y cuando se le ensaye y prepare para que la realice del mejor modo posible. Se puede confiar a jóvenes bien dispuestos la recepción de los fieles a la entrada, su colocación, el reparto de fichas o libros de canto, etc.

las acciones

proclamación de la Palabra de Dios

Comienza la lectura, cantada o no, por el **anuncio** del libro sagrado que la contiene precedido de brevísimas introducciones, como las siguientes: "Dijo Moisés a los hijos de Israel...", "Dice Isaías...", "Habló Dios a Moisés de esta manera...", "Esto dice el Señor...", "En aquellos días...", etc.

No se debe cantar el texto bíblico,

si no se está seguro de la perfecta ejecución: se caería en el ridículo. Escójanse **voces agradables**. En todo caso, atiéndase más a la palabra que a la melodía. Cantar las lecturas de la Biblia es sólo aconsejable en ambientes **escogidos**.

Si se leen los textos, cuídese de no exagerar las inflexiones de voz. Dicción clara y correcta, lenta pero sin pesadez.

Cuando se lea ante el **Santísimo expuesto**, no se dé la espalda al altar ni a los fieles.

la homilía

También es proclamación de la Palabra de Dios. Reálcese como merece. En ausencia de predicador, puede leerse la homilía, siempre apropiada, de algún Padre de la Iglesia o de cualquier Pontífice o Santo. Con todo, la virtud y fuerza que supone el estilo directo de la homilía se verá mermada por la simple lectura.

el libro sagrado

Trátese siempre con **reverencia**. Besar al terminar su lectura, y hacerle venia al pasar por delante de él. En alguna ocasión puede el lector tomar la Biblia de manos del celebrante recibiendo la bendición

que se otorga al diácono en la misa solemne.

la oración personal

Ocupa lugar privilegiado, tanto para adentrarse el fiel en la **meditación** de los textos, como por su **contacto personal** con Dios. Iníciase al pueblo en la manera de aprovechar este tiempo. Todo ha de invitar a la oración: la placidez del acto y su misma realización.

El tiempo de oración se prologará según el nivel cultural y religioso de la asamblea, y la frecuentación de estos actos. Aparte del tiempo señalado, cabe dejar unos breves instantes después de cada lectura o canto para penetración del contenido.

el canto

Es una de las formas de participación litúrgica más recomendadas. Son preferibles los cantos sabidos por todos, debidamente ensayados antes de la celebración. Se puede aprovechar tal momento para aprender otros nuevos. El magnetófono es excelente medio auxiliar. Ciertamente nunca se le debe utilizar durante la celebración para sustituir al coro.

El **coro**, de voces bien escogidas, cante con precisión y dicción clara. Selecciónense de los cantos las estrofas **más acomodadas** al momento. Los salmos se pueden cantar de muy diversas maneras.

Formas de salmodia:

Salmodia dialogada: No se canta la antifona. Los vv. del salmo se ejecutan alternando los solistas y el pueblo.

Salmodia responsorial: Los solistas cantan la antifona, que es repetida inmediatamente por el pueblo. A continuación alternan los vv. que cantan los solistas con la antifona a cargo del pueblo.

De otra forma: el pueblo canta la antifona cada dos vv. cantados por los solistas.

Salmodia antifonal: El pueblo se divide en dos coros.

Empiezan los solistas cantando la antifona, que es repetida sucesivamente por los dos coros y que se intercalará en la misma forma después de cada v. que canten los solistas. Al final cantan la antifona los dos coros reunidos.

Forma simplificada: Solistas y pueblo divididos en dos coros cada grupo. Los coros 1º y 2º del pueblo responden, respectivamente, con la antifona a los vv. de los coros 1o. y 2o. de los solistas.

Otra forma: Solistas pertenecientes a dos coros cantan los vv. alternados, cada dos vv. el pueblo canta la antifona.

Salmodia alternada: el pueblo dividido en dos coros canta ininterrumpidamente y sin antifona el salmo entero.

O bien de la misma manera cantando la antifona del principio y al fin.

Con el mismo sistema de canto de vv. se intercala la antifona cada v. o cada dos.

De la **unión** de los solistas dependerá, en buena parte, éxito del canto y el ambiente de oración que suscite.

Las **preces litánicas** pueden ser cantadas o leídas por el solista. Si el texto no se acomoda a la celebración, cámbiese, de acuerdo con las necesidades, evitándose las frases demasiado manidas, o expresiones difíciles por su longitud o complejidad.

La asamblea ha de **saber captar** las múltiples **enseñanzas** contenidas en los cantos religiosos. Para que preste atención a la letra, convendrá en ocasiones explicársela. (Para estos cantos recomendamos, "25 Salmos y un Cántico" de la Gran Misión de la Ciudad de México.).

actitudes

Las actitudes comunes tienen la virtud de unir a los fieles entre sí

y con la acción central. Aparte de su valor objetivo y de la significación que entrañan para el alma cristiana, dan el testimonio de la participación en el acto. Por regla general, la postura de pie indica prontitud, vigilancia, alegría por nuestra condición de resucitados. **Estar sentados** es actitud de **atención** y serenidad. De **rodillas** expresa **penitencia** y humildad, oración personal y recogimiento.

Cámbiese pausadamente de postura, evitando el ruido perturbador.

procesiones

En las procesiones, prevéase absolutamente todo: orden de los fieles,

itinerario, cantos procesionales, manera de terminarlás, etc.

Adviértase a los fieles el sentido que tiene la procesión como marcha de la Iglesia hacia Dios.

bendición eucarística

En las paraliturgias no indicamos nada especial respecto de la bendición, que puede adoptar varias formas. Tan sólo es preceptivo un canto de exposición (en castellano —preferible— o en latín) y el Tantum ergo.

En ocasiones clausura el acto de la celebración. Las oraciones litánicas y la colecta pueden tener aquí, entonces, su lugar.

"LIBRERIA ASIS"

BERNARDINO BARBA VAZQUEZ

Guatemala 10 — Pasaje Catedral Locs. 8 y 10

México 1, D. F.

Tel.: 12-00-84

Señor Sacerdote:

Todo lo que Usted necesite para surtir su biblioteca, lo encontrará en la Librería ASIS. Tenemos, de prestigiados autores y a los mejores precios, libros de Sagrada Escritura, Teología, Derecho Canónico, Filosofía, Psicología Experimental, Historia Eclesiástica y en general libros de cultura religiosa.

Al hacer su pedido sírvase hacer referencia a este anuncio y con gusto le haremos un descuento en su compra.

"LA GUADALUPANA"

FABRICA DE VELAS Y VELADORAS

VELADORA LITURGICA
PARA SAGRARIOS

"CORAM TABERNACULO"

PRECIOS:

CAJA CON 12 VELADORAS, para UNA SEMANA DE SERVICIO cada veladora, VASO ROJO, DEL PAIS, PORTAVASO GRABADO DE ALUMINIO Y TAPA: TODO POR LA CANTIDAD DE: \$ 180.00

SI YA TIENE USTED EL VASO APROPIADO, LA CAJA DE 12 VELADORAS LE CUESTA TAN SOLO: \$ 110.00



ENVIAMOS PEDIDOS C.O.D. O REEMBOLSO. HAGANOS
EL SUYO A

AV. OBSERVATORIO N° 465, COL. PALMAS, Z. P. 18

TACUBAYA, D. F. O A LOS TELEFONOS 15-32-53 y 15-98-65



EMINENCIA y EXCELENCIA

Dos vinos para consagrar
de pureza reconocida

*El Exmo. Sr. Arzobispo
Primado de México dice:*

"Aprobamos con gusto la venta de los
vinos para consagrar "Eminencia"
y "Excelencia", elaborados por la
Cía. Vinícola del Vergel, S. A., pues
nos consta que los fabricantes obran
en buena conciencia y que el Exmo.
Sr. Arzobispo de Durango ha nombra-
do a sacerdotes competentes para que
vigilen la producción de estos vinos"

Cía. Vinícola del Vergel, S. A.
Apartado No. 22 Gómez Palacio, Dgo.

OFICINA EN MEXICO
ISABEL LA CATOLICA No. 922
COL. POSTAL MEXICO 13. P.
Teléfonos: 19-82-88 y 19-35-75



Seco

Dulce



Reg. S. S. A. 32842 "A", 34686 "A", P.1254/57

Relojes

de
torre
para
iglesias



Relojes con preciosas
sonerías.
Construidos para
durar 100 años.
Tenemos modelos
desde \$2,900.00
★
Pida catálogo y
presupuesto gratis.

LA PRINCESA

ESQUINA TACUBA Y BRASIL
UNICA SUCURSAL ESQUINA 5 DE MAYO e ISABEL LA CATOLICA

GALERIAS TEPEYAC, S.A.

LA CASA DE MAS PRESTIGIO EN ARTICULOS RELIGIOSOS

PRESIDENTE: JOSE H. FABRE

**Imágenes, Orfebrería, Ornamentos
Especializados en Altares, Decoración
de Capillas, Oratorios y Criptas**

MADERO No. 82-A Teléfonos: 10-15-17 y 13-33-48. México 1, D. F.

LO MEJOR EN CALIDAD Y SERVICIO



VELAS LITURGICAS LIMPIAS PERFECTAS

CIRIOS PASCUALES,
VELAS DECORADAS,
INCIENSOS,
VELADORAS,
ACEITE,
ENCENDEDORES,
CARBON,
CAPITELES,
PORTAVELAS, ETC.

LAMPARAS OLEOCERINA, APROBADAS
PARA SAGRARIOS





1894 - 1966
CON MOTIVO DE NUESTROS
72 AÑOS PARTICIPAMOS
A NUESTRA CLIENTELA:

● NUESTRA NUEVA LINEA DE TRABAJOS EN MARMOL Y ONIX.

● ALTARES

● RECUBRIMIENTOS (PISOS Y LAMBRINES)

● COMULGATORIOS

● PILAS BAUTISMALES

● GRAN SURTIDO DE CANDELEROS

● REALIZAMOS SOBRE PROYECTO CUALQUIER TRABAJO.

NO TENEMOS SUCURSALES.

TEL. 10-33-86

MADERO No. 72

Tel. 12-19-88

MEXICO 1, D. F.



APARTADO 109
LEON, GTO., MEX.



+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León



+ *Roberto Virellos*
Obispo de León



+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León



+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León



+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León



+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León

+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León

En vista de los informes que nos ha proporcionado el Sr. Cura de San Luis de la Paz, quien tiene a su cargo la vigilancia sobre elaboración y envase del vino para consagrar llamado "ANGELORUM VINUM" y que es fabricado por la Casa "Rafael Gamba e Hijos S.A." en San Luis de la Paz, Gto.; constándonos además que la Casa mencionada regentada por personas plenamente honorables, procede en la elaboración del Vino para consagrar con el más escrupuloso cuidado; por las presentes letras recomendamos a los Señores Párrocos y Sacerdotes de nuestra Diócesis el "Angelorum Vinum" que ofrece plenas garantías; y autorizamos también a la Casa "Rafael Gamba e Hijos S.A." para que utilice el presente documento en la forma que estime conveniente.

León, Gto. a 4 de abril de 1949

+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León

+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León

+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León

+ *Manuel M. del Campo*
Obispo de León



"ANGELORUM VINUM"

ELABORADO POR BODEGAS SAN LUIS REY DE

"RAFAEL GAMBA E HIJOS", S. A.

Ampliamente recomendado para el Santo Sacrificio de la Misa

APARTADO No. 5.

SAN LUIS DE LA PAZ, GTO.

EL MOVIMIENTO POR UN MUNDO MEJOR

invita a usted al curso

“La Comunidad Cristiana y el Concilio”

que se efectuará en Roma del 1º al 31 de mayo
de 1967 en su Centro Internacional (Rocca di
Papa, Roma, Italia).

- Tendrá la oportunidad de profundizar vitalmente el mensaje del Concilio.
- Encontrará una respuesta a sus inquietudes apostólicas en este momento del Post-Concilio.
- Podrá convivir en un ambiente internacional.
- Aprovechando el viaje a Roma tendrá la posibilidad de visitar las principales ciudades de Europa.

Para informes dirigirse al Centro Nacional del Movimiento
por un Mundo Mejor con la Srita. Ma. Guadalupe Viesca.

ALITALIA Cerrada de los Pí-
rules N° 5. San Ma-
teo. Apartado 132.

Naucalpan, Edo. de México. Tels.: 27-46-00 y 27-10-56 o a
Alitalia de México. Paseo de la Reforma N° 144. Méx., D. F.

sumario

EDITORIAL	91
LA CIUDAD SECULAR DE HARVEY COX	93
UN “BEST-SELLER” DE LOS ESTADOS UNIDOS René Marlé	105
NO TANTO LO QUE ES, SINO LO QUE PODRIA SER Rodrigo A. Medellín	106
LA MUSICA EN LA MISA	109
SANTA SEDE	123
DEL MINISTRO DE LA ORDENACION R.A.G. Montezuma Seminary	127
PREDICACION DOMINICAL	135
LA IGLESIA EN EL MUNDO	141
DOCUMENTOS DIOCESANOS	146
BIBLIOGRAFIA	163
PARALITURGIA	169
ESTATUTOS CELAM-ESPAÑA	176